

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

COMEDIA FAMOSA

LA BELLA MALMARIDADA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

TEODORO.	FABIA, criada.	MAURICIO.	MARCELA.
LEONARDO.	CASANDRA.	TANCREDO.	[FIGÓN.
CIPIÓN, (1) conde.	LUCINDO.	BELARDO.	JULIO.
MÚSICOS.	LEANDRO.	FABRICIO.	ALEJANDRO.
LISBELLA.	Un ALGUACIL.	CLAVELIO.	ARTANDRO.]
Su PADRE.	Unos JUGADORES.		

JORNADA PRIMERA

(Salen TEODORO y LEONARDO solos.)

TEODORO. "Amor loco, amor loco;
yo por vos y vos por otro."
LEONARDO. Algo vienes divertido.
TEODORO. Bien dijo Montemayor
esta canción.
LEONARDO. Galaor
se te ha en el alma infundido;
ya quieres y ya no quieres. (2)
TEODORO. De tanto buscar placer,
casi he venido a temer (3)
el amor de las mujeres.
LEONARDO. Los que en Dios ponen su amor
dioses la Escritura llama,
y al que los pecados ama
llama el mundo pecador.
Y así he venido a entender,
aunque esto te cause espanto,
que el que a mujer ama tanto
por fuerza ha de ser mujer.
TEODORO. Cuando te vi comenzar
por eso de la Escritura,
creí de tu compostura
que querías predicar.
Mas ¿dónde hallaste camino
tan satírico y villano,
que para llamarme humano
comiences por lo divino?
Mas volviendo a tu argumento

(1) También le llama Escipión.
(2) En los textos, "quiero".
(3) En ídem, "tener".

de que el amante es lo mismo
que amar, a tu silogismo
responderé, estáme atento.
LEONARDO. ¿Para qué es el atención?
TEODORO. Para...
LEONARDO. ¿Qué quies responder?
¿Piensas que podrás poner
tus locuras en razón?
TEODORO. Si yo quiero a cuantas veo,
¿cómo seré una mujer,
si el transformarse ha de ser
un cuerpo, un alma, un deseo?
Con tan varios pareceres
una sola podré ser.
LEONARDO. No serás una mujer,
sino infinitas mujeres.
TEODORO. Agora a lo cierto acudes,
y si cual lo dices soy,
en mí tendré juntos hoy
los vicios y las virtudes.
Daré mil glorias y penas,
pondré al bien y al mal las alas,
seré muchas cosas malas
y seré infinitas buenas.
Seré gloria y paraíso,
seré gloria y seré infierno,
llanto con tormento eterno;
seré discreción y aviso,
y entre Júpiter y Juno,
también podré ser juez,
que compitiendo una vez
no hallaron juez ninguno.
LEONARDO. ¿Y sobre qué vino a ser?
TEODORO. Sobre cuál era más casto;

25/04/06 JCS
24.000.08

10/1/276

ANEXO C.1

y para juez yo basto,
que al fin soy hombre y mujer.
Mas todo aquesto atribuyo
a que no hay hombre tan bueno
que no vea el daño ajeno
y no reconozca el suyo, (1)
¿Qué puedes decirme a mí
que en ti no se pueda hallar?

LEONARDO. ¡Ya me querrás achacar
que soy casado!

TEODORO. Es así.
Y pues con una doncella
te casaste a quien la fama
en todo Madrid la llama
por excelencia la Bella,
y con ser en tanto extremo
buscas algún pan prestado,
yo, que no he sido casado,
¿por qué tus sermones temo?
¿Qué puede un mozo temer,
querido en Madrid de todos,
que digas tú por mil modos
que ando tras una mujer?
Vuelve [a] la tuya cansada
de lo que sufriendo está,
que hay mil que la llaman ya
la Bella malmaridada.

¿Por qué has de andar desvelado
inquietando tus amigos,
que dicen falsos testigos
que vives ya mal casado?
Teniendo mujer hermosa
andarte tú libre así,
deja entenderse de ti
que ha de andar ella celosa.
Da gracias, Leonardo, al Cielo,
que fué Lisbella la que es,
que puede estar a sus pies,
toda la envidia del suelo,
que si no, tu andar a torno
harta ocasión le había dado
para haberte levantado
hasta el mismo Capricornio.

LEONARDO. Teodoro, no la amistad
te haga descomedido,
que lo que callado ha sido
no busca tu enemistad.
El amistad es de iguales,
y, si va a decir verdad,

siempre la desigualdad
hace cosas desiguales.
Deja estar a mi mujer,
que el que es hombre y es casado,
antes de esto está obligado
a saber lo que ha de hacer.
Y no te pido consejo
para que me le des tanto,
ni eres agora tan santo
ni en tus consejos tan viejo.

TEODORO. Jamás yo llegué a entender
que tú me dijeras esto.

LEONARDO. ¿Qué prolijo y qué molesto!
¿Qué necio y qué bachiller!

TEODORO. Quien estando con su amigo
dice aquesto en su presencia,
es bien claro que en su ausencia
se dará por su enemigo.
Quédate, Leonardo, adiós,
y no esperes verme más.

LEONARDO. Vuelve, Teodoro. ¿Dó vas,
pues, siendo un alma los dos?
Pues ¿así te piensas ir
y dejar muerto a un amigo?

TEODORO. Disteme mucho castigo.

LEONARDO. Sabes que te he de servir.
De otras podemos tratar
que hay en Madrid como un oro;
pero la propia, Teodoro,
ésa estése en un altar.

TEODORO. ¿Alaballa (1) fué ofender
a tu mujer?

LEONARDO. Al marido
siempre sospechoso ha sido
alabarle a su mujer.
Y aun mira que más te digo,
si eres de hacello capaz,
que aun a meterlos en paz
no ha de acudir el amigo.

TEODORO. Escíbeme un arancel
de aquello que está obligado
con el amigo casado
el que anduviere con él.

LEONARDO. El discreto ya lo sabe;
mas yo te lo escribiré.

TEODORO. Pues, ¡sús!, yo le estudiaré.

LEONARDO. Deja, Teodoro, lo grave,
y vamos a lo burlesco.

(1) Parece que debería decir "y que reconozca".

(1) En los textos, "La Bella", que no forma sentido.

TEODORO. Hasme enseñado a callar
y no he de saber hablar.

LEONARDO. Aquí corre lindo fresco
y vendrán mil a escuchar
los músicos de su alteza.

TEODORO. Pues ¿cómo en esta aspereza
pueden sentarse y cantar?

LEONARDO. Las espaldas de palacio
sobre aqueste parque dan,
y aquí sentados están,
cantando y tomando espacio.
Y muchos vendrán también,
que a cantar suelen venir;
mas es cosa de reír,
que no cantarán tan bien.
Que es un milagro, Teodoro,
ver su concierto extremado;
parecen copia y traslado
del alto y supremo coro.
Cantan y tan dulce guerra,
llevando el cielo el (1) compás
a los tonos de Juan Blas,
que es un ángel en la tierra.

TEODORO. Con eso habrá ya cesado,
como otras veces solía,
la más gente que acudía
a la frescura del Prado.
¿Y que aquí su alteza escucha?

LEONARDO. Dios le guarde, que ha de ser
tan gran Rey, que ha de exceder
esa grandeza, aunque es mucha.
Ha de hacer temblar el suelo,
ya en la paz y ya en la guerra.

TEODORO. Tal padre tiene en la tierra,
y tal abuelo en el Cielo.

(Cantan dentro: "En cuya ribera, Albano".)

¿Cantan?

LEONARDO. Las voces conozco.

TEODORO. ¿Quién son en esta ocasión?

LEONARDO. Son de un Conde Escipión;
la tercera desconozco.

TEODORO. ¿Es deudo del otro, acaso?

LEONARDO. Todo, Teodor, puede ser.

(Salen los Músicos y el Conde Escipión.) (2)

CONDE. Decir podéis la de ayer.

(1) En las ediciones, "en". El pasaje es obscuro.

(2) Con el Conde saldrá MAURICIO, que habla luego.

MÚSICO. ¿Cuál fué?

CONDE. La de Garcilaso,
que tiene ingenio divino.

MÚSICO. Es vieja ya, y está impresa.

CONDE. ¿De que está impresa te pesa?
Lo más viejo es lo más fino.
¿Quién en ingenio le iguala?

MÚSICO. Un Lupercio aragonés
y un Camoes portugués.

CONDE. Templá.

MÚSICO. ¡Qué prima!

CONDE. No es mala.

(Sale LISBELLA con manto.)

TEODORO. Una mujer ha venido.

LISBELLA. ¡Ayudadme, santos Cielos,
que vienen a ver mis celos
los pasos de mi marido!
¡Cubridme con una nube
que encubra mi atrevimiento,
pues fué el primer movimiento
que en toda mi vida tuve!

TEODORO. Quiérome llegar a ella;
que parece de buen talle
que pase allá por la calle. (1)

LEONARDO. Para ti bastaba vella.

TEODORO. Sin duda dicen por mí
lo del asno con la toca:
toda mujer me provoca;
lo que no quise, no vi;
tantas quiero cuantas veo.
En mi vida tuve envidia
sino al Turco.

LEONARDO. ¿No fastidia
ese enfado a tu deseo?

TEODORO. ¡Qué necesidades arrojas,
pues sabes que tu mujer
todos mueren por la ver,
y tú de verla te enojas!

LEONARDO. ¿Ya no te tengo rogado
que dejes a mi mujer?

TEODORO. Arancel he menester,
o no ver hombre casado.
¡Vive Dios! Por no escucharte
que he de sentarme a este lado.
(El achaque es extremado.)

LEONARDO. Yo me siento a estotra parte.

(Siéntanse ambos a los dos lados de LISBELLA.)

(1) Este verso está errado.

CONDE. ¡Vive Dios que se asentaron
y que lo quería yo hacer!
¡Cogido me han la mujer!

MAURICIO. La bendición te ganaron.

LISBELLA. (Este falso es mi marido.
¡En qué pasos mi honor mete!
Y el otro el falso alcahuete
con quien anda distraído.)

TEODORO. Yo, señora, soy un hombre
moreno y desenfadado;
Teodoro en Madrid llamado,
y Galaor por mal nombre.
Yo no sé de amancebarme;
donde yo entro, entren todos;
procuren por varios modos
lo que tuviere quitarme.
No doy pesadumbre en nada,
ni por fuerza la tomé,
porque dos cosas juré
cuando me ceñí la espada;
son, si acaso las codicia
vuestro deseo saber:
no reñir sobre mujer
ni acuchillar la Justicia.
Soy pícaro y retozón,
soy mancebo y soy bellaco,
y si me enojan, me aplaco
con cualquier satisfacción.
No hice verso en mi vida;
no dije mal de mujer;
sólo aquesto de querer
de veras nadie lo pida.
Y aunque Fortuna me dió
méritos tan desiguales,
¡vive Dios, que mis cien reales
nadie los da como yo!

LISBELLA. ¡Bien os habéis retratado!

TEODORO. Mirándome en vuestro espejo,
y lo que me falta dejo
a vuestro ingenio extremado.

LISBELLA. Grandes cosas os promete
vuestro modo de vivir.
¿Por qué dejáis de decir
que sois...

TEODORO. Decidlo.

LISBELLA. Alcahuete?

TEODORO. ¿Alcahuete yo? ¿De quién?

LISBELLA. De un caballero casado.

TEODORO. Esto, Leonardo, he medrado
de andar con vos.

LISBELLA. (Yo también.)

LEONARDO. ¡Ah! ¡Pobres de los casados,
sujetos a tal rigor! [amor!
¡Oh, martirio! ¡Oh, fuego! ¡Oh,
¡Oh, cruz y brazos quebrados!

LISBELLA. ¡Oh, pobres de las mujeres,
sujetas a un vil verdugo!
¡Oh, lazo pesado! ¡Oh, yugo!
¡Oh, cruz! Sí; cruz y horca eres.

LEONARDO. Más deben a sus amigos
los que su amistad profesan.

(Sale CASANDRA con manto cubierta, y LUCINDO y
LEANDRO.)

CASANDRA. Déjenme. ¿Qué se embelesan?
Que no he menester testigos.

LUCINDO. Celosa debéis de ir.
¿Está por aquí el galán?

TEODORO. (Ya nuevos aires me dan.)
Dama, no os puedo servir;
que otra que ha llegado al puesto
me ha robado el corazón.

LISBELLA. ¡Extremada inclinación!

CONDE. Cantad algo; decid presto.
(Cantan.)

LISBELLA. Quedo; no juguéis de mano,
que soy casada y honrada.

LEONARDO. Pues no estéis tanto tapada.

LISBELLA. Sed más noble y cortesanó.

LEONARDO. ¿Que casada sois?

LISBELLA. Y tengo
a mi dueño junto a mí.

LEONARDO. ¿Conocéisme?

LISBELLA. Señor, sí;
y aun a conoceros vengo.

LEONARDO. ¿A conocerme? ¿Por qué?
¿Sabémonos ya los nombres?

LISBELLA. Sí, por ver que hay en los hombres
tan poca verdad y fe.
¿Sois vos casado?

LEONARDO. Y cansado.

LISBELLA. ¿Tenéis buena mujer?

LEONARDO. Buena.

LISBELLA. ¿Qué os da pena?

LEONARDO. El darme pena...

LISBELLA. ¿De qué?

LEONARDO. De lo que ha durado.

LISBELLA. ¿No os trata bien?

LEONARDO. Bien me quiere.

LISBELLA. Pues ¿qué tiene?

LEONARDO. Que es celosa
y el ser propia, que no hay cosa

(1) En los textos: "Músico".

que tanto me desespere.
LISBELLA. No os debe de regalar.

LEONARDO. Si hace; pero tener
mujer a hora de comer,
mujer después al cenar,
mujer después en la cama,
y a todas horas mujer,
y aquel cuidado tener
de la familia y la fama,
¿a quién no espanta? ¡Ah, si Dios
el casarse permitiera
que un año a prueba se diera
y que se acabara en dos!

LISBELLA. Celoso debéis de estar.
Sin duda que ella os disfama.

LEONARDO. Es un águila en su fama;
no hay de aquéllo que tratar.
Ella me tiene a mí amor;
yo soy el que no la pago,
pues cien mil maldades hago,
y ella vela por mi honor.
Es arca de la virtud,
y agora estará velando,
o con sus Horas rezando
por que yo tenga quietud.
¿Sois vos casada?

LISBELLA. Si soy.

LEONARDO. ¿Tenéis mal marido?

LISBELLA. Malo.

LEONARDO. ¿No os regala?

LISBELLA. ¿Qué regalo?

LEONARDO. ¿Trátaos bien?

LISBELLA. Con él estoy.

LEONARDO. Mal paga vuestro desseo.

LISBELLA. Hablad y tened la mano.

TEODORO. Como digo, soy indiano.

CASANDRA. De la color, yo lo creo.

TEODORO. En la color y el sabor
todo soy como pimienta.

CASANDRA. Bien en la cara le asienta
de aquesa tinta el color;
que hasta el mostacho es borrón
de la del Grifo extremado.

TEODORO. ¿Esta es mujer?

CASANDRA. ¿Qué, le agrado?

TEODORO. Sí.

CASANDRA. Y él a mí, socarrón.

TEODORO. Lo que durare esta luna
os querré, y una hora más,
y si anda el reloj atrás,
quizá no os querré ninguna.
En este mes podéis vos

disponer de mi obispado,
proveyendo a vuestro agrado
prebendas de dos en dos.
Simple ninguna hallaréis,
porque yo soy bellacón,
tan del alma socarrón
como en la cara lo veis.

CASANDRA. Pues ¿para qué un hora ha sido
después de amarme y amaros
todo un mes?

TEODORO. Para olvidaros
del tiempo que os he querido.

CASANDRA. Digo que yo soy contenta;
que si mi amor os rindiere,
aquel que un mes me quisiere
alargará más la cuenta.

TEODORO. Pues hágase la escritura
por un mes de arrendamiento.

CASANDRA. Respondo que la consiento.

TEODORO. Ven, ventura.

CASANDRA. Ven, y dura.

TEODORO. ¿Qué condición?

CASANDRA. Pecatriz.

TEODORO. ¿Qué casa?

CASANDRA. A lo cortesano.

TEODORO. ¿Hay almirez?

CASANDRA. Con su mano.

TEODORO. ¿Qué plato?

CASANDRA. Lomo y perdiz.

TEODORO. ¿Treinta días?

CASANDRA. No cuente aquí.

TEODORO. ¿Qué cuenta?

CASANDRA. El gasto.

TEODORO. Vámonos; no cuente nada.
Ya enfada.

TEODORO. ¿Qué, por el camino?

CASANDRA. Sí.

TEODORO. ¿En efeto, eres criollo?

CASANDRA. Como esas maldades erio.

TEODORO. Luego ¿no es indio?

CASANDRA. ¿No lo ve?

TEODORO. del rostro, sí!

CASANDRA. ¡Vaya al rollo!

TEODORO. Indiano soy ¡por tu vida!

CASANDRA. de aquí, de Caramanchel.

TEODORO. ¡Tan negra soy como él!

CASANDRA. (He aquí la señal perdida.)

TEODORO. ¿Y al fin se va?

CASANDRA. ¿No lo ve?

TEODORO. ¿Y hame de dejar llorar?

CASANDRA. ¡Oh, bellaco singular!

TEODORO. Bien te quiero.

TEODORO. ¿A fe?
CASANDRA. Sí, a fe,
porque para desgarrado,
no eres malo para un mes.
Ven conmigo.

TEODORO. Soy tus pies.

(Vanse los dos.)

LEONARDO. Teodoro va acomodado.
Perdonad, señora mía,
que le quiero ir a buscar.

LISBELLA. ¿Cuándo os iréis a acostar?

LEONARDO. Todo es de noche hasta el día.

(Vase LEONARDO.)

CONDE. Ya la mujer han dejado.

MAURICIO. Agora quiero llegar.

LISBELLA. ¡Traidor! ¿iréte a buscar
o callaré mi cuidado?
¡Por ser propia me desprecias!
¿Hay más confuso dolor?
¡Desdichado del amor
que vino a manos tan necias!
¿Con otra mujer reposas,
y me dejas sola a mí?
Iré llorando tras ti.

CONDE. ¡Oh, qué quejas tan hermosas!
¡Oh, qué lágrimas vertidas!
¡Dichoso por quien las viertes,
penosas para tan fuertes,
dichosas para sentidas!
Ella está mal empleada.
Espérate, llegaré.

LISBELLA. ¡Traidor, yo te buscaré!

CONDE. ¿Señora?

LISBELLA. Y bien desdichada.

CONDE. ¿Qué buscáis?

LISBELLA. A mi marido.

CONDE. ¿Cuál es?

LISBELLA. El que va de aquí.

CONDE. Yo os le traeré muerto aquí.

LISBELLA. No está tan aborrecido,
que, aunque el traidor me ha dejado,
es más justo mi dolor,
que sufra celos mi amor,
que no velle malogrado.
Adórole, y él me deja;
búscóle, y huye de aquí;
vase, y déjame. ¡Ay de mí!
Mirad si es harta mi queja.

CONDE. Quisiérala consolar;
mas tan bien llora y bien siente,

que a no crecer mi accidente,
gustara verla llorar.
Hermosísima mujer
de ingratísimo marido,
vuestra música en mi oído
sirena debe de ser.

Canta el cisne con su muerte,
llora la sirena en vida,
y si es aquí mi partida,
para morir vine a verte,
que si para mal casada
tan hermosa os hizo Dios,
sin duda dirán por vos
la Bella malmaridada.

El alma y vida os rendí,
el corazón y la fe;
que sois del cabello al pie
de las más lindas que vi.
Vuestro marido os maltrata;
regalo habéis menester;
en mí le podréis tener
con un hombre de oro y plata.
Soy bueno entre los mejores,
famoso entre los más claros,
en quien podéis emplearos,
si habéis de tomar amores.

Yo no os aconsejo aquí
que quien sois dejéis de ser;
pero si habéis de querer,
no dejéis por otro a mí.

MAURICIO. Señora, el Conde Escipión
es caballero romano,
deudo del otro Africano,
y tiene el mismo blasón.
En vuestros ojos adora,
de vos tiene el ser que tiene,
con vuestro amor se conviene
y en su pecho os atesora.
Daros ha tras cada paso
la vida, cual dueño de él.

LISBELLA. Dáseme de ti ni de él
lo que piso o lo que paso.
Si él es romano, yo extraña;
precio honor, si él honor precia;
si es Tarquino, yo Lucrecia;
si él es Escipión, yo España. (1)
A España va a conquistar
si a mí conquistarme piensa;

(1) En los textos, "yo de España", con lo que el verso resulta largo, a no ser que se lea "Cipión" y no "Escipión".

soy torre con fuerza inmensa;
soy roca en medio del mar.

MAURICIO. Tente.

LISBELLA. No me digas nada.

MAURICIO. Espera.

LISBELLA. Quítate, ¡infame!

CONDE. Esto obliga a que te ame.

(Vase LISBELLA.)

MAURICIO. Fuése.

CONDE. ¡Mujer fuerte, honrada!

MAURICIO. Déjala [ya,] señor.

CONDE. Necio;
pues respóndeme: ¿qué cosa
la puede hacer más hermosa
que no tener su honor precio?
La mujer que está guardada
y guardare bien su honor,
para siempre en más amor
vive, y vive más honrada.
La que se deja llevar
y vencerse cual mujer,
ésa no se ha de querer,
ni nadie la ha de estimar.
La mujer es noble y fuerte;
la vida me ha de costar
o la tengo de gozar.
Mira tú el modo o la suerte.

MAURICIO. Eso tienes de romano,
que emprendes cosas famosas,
y las más dificultosas
suelen venirse a la mano.
No tengas, mi señor, miedo;
que ésta se vendrá a allanar.
Y en tanto, de mi penar
moriré yo. ¡Bueno quedo!
Ni sé su nombre ni casa.
Guiadme, claros reflejos.

MAURICIO. Síguela, que no va lejos.

CONDE. No va lejos, pues me abraza.
Echa por la puente nueva,
al juego de la pelota.

MÚSICO. El negocio va de rota.

MAURICIO. Poca ventaja nos lleva.

(Vanse, y sale LUCINDO y LEANDRO.)

LUCINDO. El Diablo me hizo entrar
para perder mi dinero.

LEANDRO. Yo sé de eso que me infiero,
y lo mejor es callar.

LUCINDO. Mejor fuera estar oyendo
la música en la Priora.

LEANDRO. Váyase Artandro en buen hora,
y créame que lo entiendo.
Vaya con esos valientes
haciéndose un Amadís.

LUCINDO. Leandro, ¿qué me decís?
¿Qué estáis hablando entre dientes?
¿Hanse burlado de mí
allí donde se jugó?
¿No jugaban bien?

LEANDRO. No.

LUCINDO. ¿No?

¿Hanme mal ganado?

LEANDRO. Si.
¡No viva yo sola una hora,
si Artandro no juega mal!

LUCINDO. No perderé solo un real
de todo el dinero agora.
¡Por vida de quien sabéis!
¡Benito soy para eso!

LEANDRO. Que lo he pensado os confieso;
mas crédito no me deis,
que es juicio temerario.

LUCINDO. ¿Que es temerario? Yo soy
el temerario, y que hoy
le ha de ser mayor contrario.
A quitárselo me ofrezco.

LEANDRO. Quedo; que es Artandro honrado.

LUCINDO. ¿Mi dinero es afrentado,
o yo, que estarlo merezco?
Ya no hay mayor honra, hermano,
que en los que tienen dinero.
El dinero es caballero;
quien no lo tiene es villano.
Por tu Rey, y por tu ley,
y por tu dinero luego.

LEANDRO. Eso ha de ir con más sosiego.

(Entrá un ALGUACIL.)

ALGUACIL. ¡Téngase al Rey!

LUCINDO. ¿A qué rey?

Porque uno que me entró ahora
ése me quitó el dinero.

ALGUACIL. ¿Jugábase?

LUCINDO. Sí.

ALGUACIL. Eso quiero.

¿Adónde?

LUCINDO. Aquí.

(Vase el ALGUACIL.)

TEODORO. ¿Es aquí, señora?

CASANDRA. Estáis, Teodoro, en mi casa: (1)
aquí me podéis hablar.

ALGUACIL. ¿Quién es?

LEANDRO. Déjalos pasar;
que una mujer es, que pasa.

(Vanse los tres; entra CASANDRA y TEODORO y LEONARDO.)

TEODORO. Aquesta es mujer, Leonardo,
para decir y hacer.

LEONARDO. Hoy me tengo de perder.
Por verla, en su amor me ardo.
Ya estoy, Teodoro, celoso
sólo de que la has mirado.

TEODORO. ¡Por Dios, que eres extremado!
¿De mí vives envidioso?

LEONARDO. ¡Perdido por ella estoy!

TEODORO. Yo te daré, si ella quiere,
un cuarto a como saliere,
como en el Rastro le doy.
Y no te estará muy mal
el comer carne sin pena,
pues te la dan gorda y buena
sin pagar pimienta y sal.

LEONARDO. Fériame aquesta mujer,
así Dios te dé, Teodoro,
una moza como un oro.

TEODORO. Digo que no puede ser.
Ven mañana, que estaré
un poco más enfadado;
quizá por no verla al lado,
de balde te la daré.

(Vanse, y sale LISBELLA.)

LISBELLA. Aquí dejé a mi marido,
y aquí lo vuelvo a buscar,
para ver si puedo hallar
tan mal ganado un perdido.
Aquí vive la mujer
que tan perdido le tiene.

LUCINDO. Leandro, una mujer viene.

LEANDRO. ¿Qué puede aquesta querer,
sino es (2) que se levantó
a buscar algunas muelas?

LUCINDO. Mujer, que a tal hora velas,
¿qué hecho te desveló?
¡Vive Dios, que huele bien!

(1) En el texto dice Lisbella este verso en esta forma:

"Esta es, Teodoro, en mi casa."

(2) "el".

LEANDRO. No cruje mal el vestido.
Romero y espliego ha habido.

LUCINDO. Y a mí me nombra también.

LEANDRO. Quedo. No nos des del codo.

LISBELLA. Pues hablad más desde aparte.

LEANDRO. Yo me acomodo a esta parte.

LUCINDO. Yo a estotra me acomodo.

(Sale el ALGUACIL y tres JUGADORES.)

ALGUACIL. ¡Alto! Pasen adelante.

PRIMERO. Que todo se ha de hacer bien.

ALGUACIL. En esa razón no estén;
que alguno habrá que se espante
por hablar tan desenvueltos.

SEGUNDO. Qué, ¿enfádaos la cortesía?

ALGUACIL. ¿Que había ¡por vida mía!
algo de parar, y vueltos?
¡Ténganse (1) al Rey!

LUCINDO. Ya otra vez
a vos nos hemos tenido.

LISBELLA. (Dentro en el fuego he caído.
No hay delito sin juez.)

ALGUACIL. ¿Sin dama no los dejé?
¿Cómo los hallo con dama?

LISBELLA. ¿Señor?

LEANDRO. Allegad, que os llama.

ALGUACIL. Descubierta os hablaré.

LISBELLA. No lo habéis de permitir,
que soy casada y honrada.
Llevadme hasta mi posada,
que yo os lo sabré servir.

(Vanse el ALGUACIL y LISBELLA.)

LEANDRO. Basta; que se la llevó.

LUCINDO. Fué por ponernos en paz.

PRIMERO. ¿Quién fué la del antifaz?

LEANDRO. Nadie; pues nadie la vió.
¿Qué hizo el que tanto allana?

PRIMERO. Nuestros nombres escribió,
y a las ocho nos mandó
nos presentemos mañana.

LUCINDO. ¿Artandro quédase allá?

PRIMERO. ¿Ya no lo veis?

LEANDRO. ¡Buena pieza!

TERCERO. ¡Bien lo juega!

SEGUNDO. ¡De cabeza!

LEANDRO. ¡Y aun de manos!

LUCINDO. Pues cairá.

SEGUNDO. Como eso Madrid encubre.

PRIMERO. No digáis mal de Madrid.

TERCERO. ¡Bello lugar!

(1) "Deténganse" en los textos.

LEANDRO. Advertid
que cualquier vida descubre.
LUCINDO. Yo he perdido mi dinero,
y esto sé.
SEGUNDO. ¡Gentil locura!
Eso consiste en ventura.
LEANDRO. Y aun en manos.
PRIMERO. ¡Buen agüero!
TERCERO. Artandro es hombre de bien,
trae amigos a su lado,
anda bien acompañado
y es buen amigo también.
Ninguno diga mal de él,
que lo tomaré a mi cargo
y a defendello me encargo.
LUCINDO. Ninguno vuelva por él;
porque otro como él será
de sus pasos y sus tratos.
¿Son honrados?
TERCERO. Y aun ingratos.
LEANDRO. Con la espada lo dirá.
TERCERO. ¡Ea! Sed todos amigos,
o hemos todos de reñir.
PRIMERO. Yo puedo hacer y decir.
LUCINDO. Hablémonos sin testigos,
que también aquí sabremos
traer broquel en la pretina.
TERCERO. ¡Ea! Cese la mohina.
PRIMERO. Pues mirad adónde iremos.
LUCINDO. Vamos a besar las manos
a un reverendo Figón.
SEGUNDO. Tú le has dite la razón.
LEANDRO. ¿Sois amigos?
TERCERO. Como hermanos.
LEANDRO. ¿Quién lleva dineros?
PRIMERO. Yo.
LEANDRO. ¿Habrá vino?
TERCERO. Y cantimplora,
con quien el invierno llora
lo que el verano cantó.
LUCINDO. Pues ¡sús! daos prisa a andar.
PRIMERO. Aquí vive; llamad presto.
LEANDRO. Presto entrémonos del puesto,
que así me he de despigar.
PRIMERO. Creo que estará acostado.
SEGUNDO. Ya estará el Figón durmiendo.
LEANDRO. Llamad, y en no respondiendo,
haya piedra y pan tostado
y coplita de repente.
PRIMERO. Démosle una cantaleta.
TERCERO. ¡Quién fuera ahora poeta!
SEGUNDO. Abre, amigo; abre, pariente.

PRIMERO. Ya ha respondido.

(Dentro Figón.)

FIGÓN.

Qui vati?

SEGUNDO. ¿Habrá, amigo, colación
e qué cenar?

FIGÓN.

Tanti son?

SEGUNDO. Entren todos.

FIGÓN.

No li fatti.

(Vanse todos; sale LISBELLA y el ALGUACIL.)

ALGUACIL. El lugar he rodeado,
y por mil calles venido,
y hasta aquí me habéis traído
y imagino que engañado.
Decís que buscáis un hombre
y no me decís quién es.

LISBELLA. En eso sólo verés
que es bien mi mal os asombre.
Por mil calles he venido
y os he traído a este puesto;
soy cazador, vuelvo al puesto
a ver si el ave ha caído.
Hoy aquí un hombre perdí
en casa de esta mujer,
y perdida vuelvo a ver
si le puedo hallar aquí.
Vi a mi marido cenar
tan poco, tan sin sosiego,
hacerme regalos luego,
decirme amores, jugar,
que esto es lo que ha aprendido;
porque en este falso trato,
es como dar de barato
del gusto que se ha tenido.
Pidió sombrero con plumas,
zapato blanco pidió;
casado que así salió,
que no fué en blanco presumas.
Salíme tras dél por ver
adónde me iba afrentar;
acechéle, vile entrar
en casa de esta mujer.
Si no queréis permitir
que muera en vuestra presencia,
de aquesta fiera dolencia
que hasta aquí me hizo venir,
hacelde, señor, bajar;
quitalde de entre sus brazos;
no goce los dulces lazos
do él a mí me hace penar.
Llamalde.

ALGUACIL. No podrá ser,
si no es casa conocida.

LISBELLA. Aquí he de perder la vida.

ALGUACIL. Lo que por vos podré hacer,
con una buena razón
juntaros, que a los casados
ver que están más obligados
los que en nuestro oficio son.

LISBELLA. (1) Callad, que es una ramera.
Llamalde, bajalde, salga;
hoy vuestro favor me valga,
si no queréis que aquí muera.

ALGUACIL. Digo que le llamaré.
¿Ha de casa?

(LEONARDO, dentro.)

LEONARDO. ¿Quién va allá?

ALGUACIL. ¿Está aquí Leonardo?

LEONARDO. Está. (2)

¿Quién me busca? Bajaré.

ALGUACIL. Esta dama os busca a vos.
Bajad la espada, llevalda,
servilda, querelda, amalda
y ¡adiós!, que no es más.

LEONARDO. ¡Adiós!

(Vase el ALGUACIL.)

TEODORO. ¡Mujer, que te busca a ti!

LEONARDO. Buscáisme a mí?

LISBELLA. Sí, señor.

LEONARDO. ¿Quién sois?

LISBELLA. Yo soy...

LEONARDO. ¿Quién?

LISBELLA. Leonor.

LEONARDO. ¿Qué Leonor?

LISBELLA. (No sé ¡ay de mí!
Ya la voz se me acobarda.)
¿Ya me habéis desconocido?

LEONARDO. ¡Tate! Ya os he conocido.
¿No sois de en cas de Ricarda?

LISBELLA. Sí, señor, y envía a deciros
que os lleguéis allá.

(Entra el CONDE y MAURICIO y TANCREDO.)

CONDE. En tal trance
casada, el alma os alcance,
o el fuego de mis suspiros.
Di, Mauricio, ¿no era aquella
que viste?

MAURICIO. ¡Buena es tu flema!
Diste al fin en ese tema
y hácesme correr tras ella.
Y después que a vella vas
en la más sucia calleja,
hallas una buena vieja
de sesenta años y más.

CONDE. ¿Vieja era, Mauricio, di?

MAURICIO. Y viéndose en este aprieto
me dijo: "¿Qué buscáis, nieto?",
que aun de serlo me corrí.

CONDE. ¡Ay, bellissima casada!
¿Dónde podré ir tras ti?
Mauricio, ¿no es ésta?

MAURICIO. Sí.

CONDE. De aquéstos está ocupada.
No puede ser que sea ella;
mas, con todo, he de esperar
a ver si la puedo hablar.

LEONARDO. ¡Qué mujer, Teodoro!

TEODORO. ¡Es bella!

LEONARDO. ¡Es un retrato del cielo!

TEODORO. ¿Podréla, Leonardo, ver?

LEONARDO. Teodoro, no puede ser.

TEODORO. ¿Por qué?

LEONARDO. No es cosa del suelo.

TEODORO. ¡Pues para verla!...

LEONARDO. Teodoro,
no es del mundo aquesta pieza;
es copia de la belleza
del alto y supremo coro.

TEODORO. Truécame aquesta mujer,
pues por ella estás perdido,
por Casandra.

LEONARDO. Ya has oído
que aqueso no puede ser.

TEODORO. ¿Has deprendido mi estilo?

LEONARDO. Yo te daré, si ella quiere,
un cuarto a como saliere.

TEODORO. Hieres por el propio filo.
Ahora bien, déjame aquí,
y súbete tú allá arriba.
Buena moza, así yo viva...

LEONARDO. No habléis, Teodoro, así.—
¡Ah, señora, entretened,
por vida vuestra, a este loco,
mientras voy arriba un poco.

LISBELLA. Por él os haré merced.

LEONARDO. Pues tomad esta sortija,
que luego bajo.

(1) En la edic. de 1610: "ALGUACIL".

(2) En los textos se intercalan, sin necesidad, estas palabras: "ALGUACIL: Abaje."

LISBELLA. Id con Dios.
 LEONARDO. Ya quedaréis solos los dos.
 LISBELLA. (Aquí es justo que me aflija.)
 (Vase LEONARDO.)
 TEODORO. ¿Por qué cubris tanto el rostro?
 LISBELLA. No es, mi señor, para ver.
 TEODORO. ¡Extremada es la mujer!
 ¿Tan fea sois?
 LISBELLA. Soy un monstruo.
 No seáis descomedido.
 TEODORO. Pues un ojo me mostrad.
 LISBELLA. Está muy sin claridad.
 TEODORO. ¡Vive Dios, que estoy perdido!
 ¿Podré haber por algún modo
 una mano de alabastro?
 LISBELLA. ¿Cómo así?
 TEODORO. A uso del Rastro,
 que se da con vientre y todo.
 LISBELLA. Cualquier cosa haré por él
 si me llama una criada
 que queda atrás.
 TEODORO. Ya es llamada.—
 ¿Lucía, Juana, Isabel,
 Francisca, Antonia, Mencía,
 Petronila, Inés, Luísa?
 LISBELLA. Menos voces y más prisa,
 que importa a la fama mía,
 (Vase TEODORO.)
 CONDE. Ya el hombre se ha escapado;
 ahora quiero llegar;
 Mauricio, no hay que dudar.
 MAURICIO. ¿No ves su sol eclipsado?
 Ella misma es.
 CONDE. ¡Venturosa
 la hora que me he tardado,
 pues tanto bien he ganado!
 LISBELLA. Dejadme, que estoy furiosa;
 que el dolor que me traspasa
 me tiene fuera de mí.
 CONDE. ¿Vivís, mi señora, aquí?
 LISBELLA. Sí, señor, ésta es mi casa.
 CONDE. ¿Aquí vivís?
 LISBELLA. Aquí muero
 con un dolor excesivo.
 CONDE. Pues yo, señora, aquí vivo
 con un amor verdadero.
 Y pues tan dichoso fuí,
 que hallé el tesoro perdido
 que desprecia tu marido,
 merezca gozarle aquí.

Déjame, mi bien, que afrente
 al que te tiene y desprecia;
 no seas casta Lucrecia
 con quien deshonra no siente.
 Quien no te tiene en sus brazos,
 casada, dadas las doce,
 no es bien que al alba te goce,
 ni al sol, que desparte abrazos.
 Yo solo te merecí,
 y no el traidor que te deja,
 casada hermosa, con queja.
 LISBELLA. No vivo yo aquí; ay de mí!
 pero vive en esta casa
 una mujer hechicera,
 por quien ordena que muera
 este fuego que me abrasa.
 Esta goza en dulces lazos.
 Llegad, señor, y llamalde,
 y si no, subí y quitalde,
 no me ahogue entre sus brazos.
 CONDE. ¿Que no es vuestra casa aquésta?
 Pues id, mi bien, a la mía;
 goce yo de una alegría
 que ya tan cara me cuesta.
 No os goce quien no os merece,
 sino aquel que por vos muere.
 LISBELLA. No hagáis que me desespere
 con la pena que me crece.
 Dejadme, que daré voces
 con el furioso accidente.
 CONDE. ¡Qué bien llora y qué bien siente,
 casada!
 LISBELLA. No me conoces.
 Casada y perdida estoy.
 CONDE. Honrate, honrada, conmigo;
 no aguardes a ese enemigo,
 por quien yo sin vida estoy.
 No quieras a tu marido.
 (Entra TEODORO.)
 TEODORO. La pescada me han pescado.
 ¡Por Dios, qué buen lance he echa-
 Quiero reñir, ya he reñido. [do!
 Mas no, que no puede ser
 el juramento quebrar,
 ni a Justicia acuchillar
 ni reñir sobre mujer.
 Ahora bien; quiérome entrar.—
 ¡Ah, señores caballeros!
 (¿Pasaré? ¿Qué tres tan fieros!)
 LISBELLA. Hacelde un poco esperar.
 CONDE. ¿Esperar? ¿Qué le queréis?

LISB

CONTE

TEOD

COND

TEOD

COND

TEOD

COND

LISBE

TEOD

COND

LISBE

(Sale

LEANI

LUCIN

PRIMI

SEGUI

TERCE

(i)

no pa

LISBELLA. Cualquier cosa haré por vos
si entre los tres, o los dos,
ese hombre matar podéis,
o dalle una cuchillada
que cruce de parte a parte.

CONDE. Pues haceos a esotra parte.—

¡Ah, hidalgo! Prevé la espada.

TEODORO. (¿Ah, hidalgo? ¿A las doce hidalgo?
Tres son. Borrasca comienza.
Si no fuera por vergüenza,
yo corriera como un galgo.)

CONDE. ¿No responde? ¿Qué se enfada,
pues que le vengo a rogar,
o que se deje matar
o sufra una cuchillada?

TEODORO. ¡Razonable es el partido!
Menester habré un letrado.

CONDE. Estará agora acostado.

TEODORO. Yo le tomara dormido.
Si es negocio de la capa,
nunca yo la niego a tres;
si es por algún interés,
Requies y tierra del Papa.

CONDE. Esta dama lo dirá.

LISBELLA. Por destrador de casados
y alcahuete.

TEODORO. ¡Alto, soldados!

Corrida la espada está.

Hombre soy.

CONDE. ¡Matalde! ¡Muera!

(Vanse todos acuchillando.)

LISBELLA. Sola estoy. Bien lo he trazado.
¡Ojalá aqueste adorado
mi enemigo entre ellos fuera!
Agora tengo de entrar,
pues no lo estorba ninguno.
Aqueste es tiempo oportuno
para poderme vengar.
Llamar quiero. (1)

(Sale LUCINDO y LEANDRO y los demás JUGADORES.)

LEANDRO. ¡Bueno estaba aquel capón,
aunque duro algún poquillo!

LUCINDO. Todo lo cubre el caldillo.
En efeto, afeites son.

PRIMERO. ¡Buena era la ginebrada!

SEGUNDO. ¿Adónde iremos?

TERCERO. Al Prado.

(1) Sobran estas palabras para el verso, aunque
no para el sentido.

PRIMERO. ¿Y no en cas de algún pescado?

SEGUNDO. Ya estará con su empanada.

LEANDRO. Casandrilla vive aquí.

LUCINDO. Llamad.

LEANDRO. Ya estará acostada.

LUCINDO. Pues haya grita y pedrada.

SEGUNDO. Ya no quedará por mí.

LISBELLA. (Quiero volverme a mi casa;
pues tan desgraciada he sido,
quede empezado el partido
de este fuego que me abrasa.
Callar y sufrirme quiero.
¡Celos furiosos, adiós!
De uno me escapé, y de dos;
no sé si podré al tercero.)

(Vase.)

LEANDRO. No le deis grita, que es cosa
de un amigo.

LUCINDO. Un hombre sale.

(Sale LEONARDO.)

LEONARDO. No hay miedo que se le iguale.

Decirlo es cosa forzosa.—

¿Podré, señores, pasar?

LEANDRO. Pase.

LEONARDO. Pues Teodoro tarda,
voime, que en cas de Ricarda
sin duda debe de estar.
Bien ternemos que reír.
Voy donde contarle pueda.

(Vase LEONARDO.)

LEANDRO. ¿Sola queda?

LUCINDO. Sola queda.

LEANDRO. De golpe habéis de subir.

LUCINDO. Quedo, que se espantarán.

Id delante, Feliciano;

decilde que soy indiano.

LEANDRO. Llamadme todos don Juan.

(Entranse todos y sale LISBELLA en su casa, y FABIA,
criada.)

LISBELLA. Dame aquesas Horas, Fabia,
y ponme aquí un almohada.

FABIA. ¿Vienes ya desengañada
de la mujer que te agravia?

LISBELLA. Después aqueso sabrás.

FABIA. Dilo, si sabello puedo.

LISBELLA. Ha habido allá un grande enredo.

FABIA. No quiero apurarte más,

pues tu gusto se concierta
en querer disimular.

LISBELLA. Déjame agora rezar.

FABIA. Mi señor llama a la puerta.

LISBELLA. Ten secreto en lo pasado.

FABIA. ¿Tú dudas en mi lealtad?
¿No sabes mi voluntad,
tan sujeta a tu mandado?

LISBELLA. Pues dile que abra un criado.
¿Sabes que es tu señor cierto?

FABIA. Ya el criado tiene abierto.
Reza aprisa con cuidado,
que entra ya en el aposento.

LISBELLA. Disimula, y calla ya.

(Entra LEONARDO.)

LEONARDO. ¿Qué, sin acostarse está?
¡Oh, mi bien! ¡Oh, mi contento!
¿A tal hora estás vestida?

LISBELLA. Rezando estaba por vos.

LEONARDO. Si tal ángel ruega a Dios,
segura estará mi vida.—
Toma esta capa y espada.

LISBELLA. ¿Venís, mi señor, cansado?

LEONARDO. Ha habido, amiga, en el Prado
una música extremada.
Nunca queréis ir allá;
que hay mil regalos y coches.

LISBELLA. Para dormir son las noches;
bien estoy, señor, acá.—
Descalza aquí a tu señor.—
¿Queréis que éntre algún criado?

LEONARDO. No me siento muy cansado;
empero traigo calor.

LISBELLA. ¡Con qué corazón fingido
regalos me viene a hacer!
¡Desdichada la mujer
que así goza su marido!

JORNADA SEGUNDA

(Sale el CONDE ESCIPIÓN, TANCREDO y MAURICIO.)

MAURICIO. Milagro fué conocella.

CONDE. Estoy, amigos, tan loco,
que a estarlo a todos provoco.
Yo he conocido la Bella.

TANCREDO. ¡Entre tantas, no fué poco!

CONDE. Necio, si fué porque hacía
la luz que de ella salía
ventaja clara y notoria

con mil reflejos de gloria
dentro acá del alma mía.

MAURICIO. ¿Qué tenemos por reflejos?

CONDE. Lo que se causa, Mauricio,
en los cristales y espejos
haciendo entre ellos solsticio. (1)

¿Pues si la vieras, Tancredo,
tan devota oyendo misa!

TANCREDO. Ser noble de ello te avisa.

CONDE. ¿No viste, al decir el Credo,
aquella boca de risa?

TANCREDO. Pues ¿rióse el sacristán?

CONDE. Este necio hace su oficio.—
Tú solo me habla, Mauricio.

MAURICIO. ¡Bien hiciste del galán!

CONDE. Daba de mi amor indicio.
Mas, dime: ¿a quién no venciera
su honestidad, si la viera?

MAURICIO. Así dicen que ha de ser
la que es principal mujer.

CONDE. ¿Cómo?

TANCREDO. De aquesta manera.
Será dama en la ventana,
y en el estrado, señora;
en el aldea, aldeana;
en el campo, labradora,
y en la mesa, cortesana.
En la calle, mucho amor;
en la iglesia, cuanto pueda
devoción con el Señor;
en la cama... Esto se queda
para el discreto lector.

CONDE. Harto bien lo has retratado,
aunque es viva [la] pintura
de su divino traslado,
que de su mucha hermosura
ella sola es el dechado.
Y así tan honesta estaba
esta mi casada bella,
que al Cielo mismo espantaba;
pero más rezaba que ella,
que a Dios por los dos rogaba.

MAURICIO. Y ¿qué rogabas a Dios?

CONDE. Que la ablandase, Mauricio,
con mi tierno sacrificio,
la dureza que a los dos,
y a mí me quita el juicio.

MAURICIO. A Dios no se ha de pedir
más de lo que fuere justo,
que antes aparta lo injusto.

(1) Falta un verso a esta quintilla.

CON

TAN
MAI

CON

TAN

CON

MAU

COND

BELA

COND

BELA

COND

BELA

COND

BELA

COND

BELA

COND

BELA

COND

BELA

COND

BELA

COND

CONDE

(1)

CONDE. ¿De verme el Cielo morir posible es que tenga gusto?
 TANCREDO. ¿Que eres hereje? ¡Ay de ti!
 MAURICIO. En la gentil Teología de Júpiter se decía que en siendo uno amante, sí. (1)
 CONDE. Pues al llegar a la pila, ¡oh, amigos; oh, hermanos!, vila meter una mano en ella, que diera el alma por ella.
 TANCREDO. Las lágrimas que destila. ¡Qué apurado traes el seso; agudo te ha hecho Amor! Pero pregunto, señor: ¿por qué no fuiste travieso?
 CONDE. Tuve, Tancredo, temor. Que no dudes que pusiera hecha lágrimas el alma; porque en ella conociera mi dolor, mi pena y calma cuando la mano metiera. Pero ¿no es ésta que ves? Sin duda que vive aquí.
 MAURICIO. ¿Qué oro, plata, interés no tendrá quien viene así en las plantas de sus pies?

(Sale LISBELLA con manto y un ESCUDERO.)

CONDE. Pasar por delante quiero.— Oídme, buen escudero: de esta dama el nombre aguardo.
 BELARDO. Es la mujer de Leonardo.
 CONDE. ¿Quién, señor?
 BELARDO. Un caballero.
 CONDE. ¿Y el nombre de ella?
 BELARDO. Es Lisbella.
 CONDE. ¿Es la que llaman la Bella?
 BELARDO. La misma.
 CONDE. Deciros quiero...
 BELARDO. ¿Qué?
 CONDE. Decid, noble escudero: ¿podría yo hablalla y vella?
 BELARDO. ¿Para qué?
 CONDE. Para servilla; que si esto hiciédeses vos...
 BELARDO. ¡Qué gentil necio, por Dios! Comé a costa de la villa, hermano, y andá con Dios. ¡Qué donoso majadero!
 CONDE. Yo, amigo, soy caballero,

(1) Falta un verso para la quintilla.

y soy el Conde Escipión; que para cierta razón quise esto saber primero.
 BELARDO. Perdone vueseñoría si a mi lengua le ha faltado la debida cortesía; que, como no [os] conocía, he andado tan demasiado.
 CONDE. Vos habéis andado bien. No os dé pena ese temor; que no conociendo a quién, eso no es faltar valor tratar uno con desdén. Sabed que yo me he hallado en la iglesia esta cadena, y dicen que le ha faltado a esa dama, y por ser buena la guardo con tal cuidado. Querría que la llevéis, y de mi parte diréis que yo la hallé y se la envió; que de vuestra lengua fio que decírselo sabréis, que parecéis hombre noble. (1)

MAURICIO. ¿En que aqueste loco está creciendo su pena al doble?
 TANCREDO. Una cadena le da.
 MAURICIO. ¿Qué habrá que el oro no doble?
 CONDE. Y si algo es menester, buscadme, que a San Luis vivo, adonde me podréis ver.
 BELARDO. A serviros me apercibo.
 CONDE. Y yo a daros mi poder.

(Vase BELARDO.)

Amigos, hoy es el día que amanece en mi alegría. Hoy me da favor mi estrella.
 MAURICIO. ¿Cómo? ¿Quiérete la Bella?
 CONDE. No; mas hoy ha de ser mía.
 MAURICIO. ¿Cómo? ¿Qué es lo que ha pasado?
 CONDE. Al escudero le he dado una cadena que lleve, para que mi amor apruebe a lo que estoy obligado. Hala llevado a la Bella. Hoy se abona mi partido, si llega a su poder de ella.
 MAURICIO. ¿Y es el hombre conocido, o ha dado fianzas por (2) ella?

(1) En el texto, "honrado", que no rima.
 (2) En el texto, "de".

CONDE. ¿No ves que parte engañado,
diciendo que la he hallado?
El hombre se la dará,
y ella que es mía sabrá;
que es lo que yo he deseado.
Vamos, amigos; que quiero
mudar de gala y vestido
por el nuevo bien que adquiero;
pues ya está el bien admitido
de donde yo el bien espero.
Ve tú a aderezallo.

MAURICIO. Iré.

CONDE. Hazme ensillar un caballo;
rompa estas piedras su pie.

MAURICIO. Más de espacio has de tomallo.

CONDE. Más de prisa [o] moriré.
Ventana, balcón y pieza
donde vive el dueño mío,
aquí estoy, no me desvío.

MAURICIO. (Haz que alquile la cabeza,
que es aposento vacío.)

(Vanse; sale LEONARDO y TEODORO.)

LEONARDO. ¿Adónde te has detenido,
que no te he podido hallar (1)
por más que he dado en buscar?
¿Qué es lo que te ha sucedido,
que ha dos horas que te aguardo?

TEODORO. ¡Ah! ¡Nunca pluguiera a Dios
que saliéramos los dos
aquella noche, Leonardo!
Que tanto peligro vi
cuando allí te dejé, (2) amigo,
que estoy hablando contigo
y creo que no es así.

[LEONAR.] ¿Tanto de mi bien te pesa,
que así mi gusto me quitas?
Tanto mis bienes limitas
que, oyéndote, mi bien cesa.
¿Buscar un hombre su gusto
es una pena tan clara?

TEODORO. Si era justo, me obligara;
pero aquése es caso injusto.
Que te amancebes me pesa;
que es hacer el corazón
cuchillo de bodegón
atado siempre a la mesa.

(1) En los textos, "hablar".

(2) En la edición de 1610, "dije". En la de 1611,
"dejé".

No quiero dama ni dame;
libertad a toda ley;
porque si me han hecho buey,
el buey suelto bien se lame.
No de hipócrita lo digo,
ni porque de ello te alteres,
porque todo el mal que hicieres
lo ha de haber hecho tu amigo.

LEONARDO. Así te goces, Teodoro;
que no por holgarse un hombre
baja nada de su nombre
ni pierde de su decoro.
Ni por tratar un amigo,
ni ir en casa de una dama,
pierde nada de su fama,
ni le pueden dar castigo.

TEODORO. Ni puede en conversación
tomar un poco contento,
y es menos del casamiento
la prolija obligación.
Es tan público y notorio,
que dicen quieres tener
esa amiga por mujer
y esotra por accesorio.
¡Vive Dios, así mandó
tu mujer, suegro y cuñado,
matarme aquel embozado
que entonces me acuchilló,
como hablando estoy contigo,
que soy tu amigo y soy mozo,
y si te echas en un pozo,
lo ha de haber hecho tu amigo!

LEONARDO. Teodoro, si yo entendiera
que mi mujer tal mandó,
ya estuviera viudo yo
y ella en la tierra estuviera.
Si mi cuñado, o mi suegro,
tal maldad imaginara,
¡vive Dios! que los matara
o tratara como un negro.
También tienes enemigos
que tus glorias envidiaron;
pero, pues no te mataron,
sin duda fueron amigos.
Por matarte hacían alardes
fingidos; al fin, huyeron.

TEODORO. Si amigos, muy necios fueron.
y si enemigos, cobardes.
¿Qué piensa el muy necio amigo
cuando en alguna ocasión,
con gran disimulación,
quiere probar a su amigo?

No quisieron esperar;
 quizá de amigos lo hicieron,
 o porque en mi espada vieron
 ganas y acero mostrar.
 Yo saco la espada tarde;
 mas ¡vive Dios! que después
 que ha menester buenos pies
 el que dos tajos me aguarde.
 Gustara verte apartar
 de esta Casandra hechicera
 que te trae de esta manera
 y con tu Lisbella estar
 en tu casa recogido,
 y no con tan vil mujer,
 que te hace el viento beber
 y por bobo te ha cogido,
 tras pescarte el buen dinero
 con tan fingidas respuestas,
 porque así lo hacen aquéostas
 cuando ven un majadero
 que se ande boquiabierto
 tras ellas, cual tú.

LEONARDO. No entiendas

que son tan pocas las prendas
 que tema ese desconcierto.
 Siempre de día la trato;
 sólo a comer y dormir
 dejo, amigo, de acudir.

TEODORO. ¿Y entre tanto...? ¡mentecato!

LEONARDO. Yo tengo puestas espías.

TEODORO. ¿Sobornallas no sabrán?
 ¡Por Dios, que hay algún rufián
 que come lo que tú envías!

LEONARDO. No soy tan necio o tan feo
 que no la obligue mi amor.

TEODORO. ¡Ah, que eres un pecador,
 que te engaña tu deseo!
 ¡Que a ninguno quiere bien,
 aunque pienses que te quiera!
 ¡Guárdate, que es hechicera!

LEONARDO. ¿Que es hechicera?

TEODORO. También.
 ¿Cuál de éstas no lo ejercita?
 Mide la mano y el brazo,
 las habas echa y cedazo
 y enciende su candelita.

[LEONAR.] Tú estás con Casandra mal,
 pues con tan poca ocasión
 descubres esa pasión
 y te dejas decir tal.
 Siempre me ha amado y querido.
 Mal tu pecho se declara.

TEODORO. ¿A qué le miras la cara,
 y no el corazón fingido?
 Que lo hace por pescarte,
 como ve la bolsa franca;
 que cuando no tengas blanca,
 no ha de oírte ni mirarte.
 Y porque tan ciego estás,
 yo quiero que a verla vamos,
 y que los dos le digamos
 que aquesta noche te vas.
 Y está tres días escondido
 en tu casa, y tú verás
 cuando vuelvas si hallarás
 señal de haberte querido.

LEONARDO. Por que quedés satisfecho,
 quiero dejarme engañar,
 y a su casa he de llegar
 a ver este engaño hecho.

TEODORO. Pues ya que a su puerta estás,
 llama.

LEONARDO. Creo que me ha sentido.

Tú verás si me ha querido,
 y si me quiere ahora más.

TEODORO. Tú verás tus desconciertos.

LEONARDO. Gana me das de reír.

Ya me sale a recibir
 con ambos brazos abiertos.
 ¡Qué gallarda pisa el suelo!
 ¿Qué hiciera más un pavón?

TEODORO. Mejor dirás un frisón,
 ya con gualdrapa o ya en pelo.

[Sale CASANDRA.]

CASANDRA. Con estos brazos te espera
 tu esclava.

LEONARDO. Yo los adoro.

CASANDRA. ¿Acá está también Teodoro?

LEONARDO. Es mi media alma, y tú entera.

TEODORO. De invierno y verano son.
 Bien es que dos almas lleve:
 tú serás alma de nieve,
 yo seré la de carbón.

Perdonad, Casandra; a fe,
 que no os había saludado.

CASANDRA. ¡Ah, pícaro desgarrado!

TEODORO. En todo me hacéis merced.—

¿Estáis buena?—Ya lo ves.

¿Y vos?—A vuestro servicio.

—Sentaos.—No es ése mi oficio;
 pero harélo.—Baste, pues.

LEONARDO. Tú preguntas y respondes.

TEODORO. Por ahorrar de cumplimiento
yo me pregunto y me asiento.

LEONARDO. Al que eres correspondes;
qué esa tu crianza es.

TEODORO. ¿No habrá mujer que entretenga?

CASANDRA. No faltará.

TEODORO. Pues ¡sús!, venga.

CASANDRA. ¿Llamaránla?

TEODORO. Venga, pues.

CASANDRA. Es fea como una bruja.

TEODORO. ¿Quiérola yo para casta?

¿No es mujer?

CASANDRA. ¿Pues no?

TEODORO. Pues basta.

Ojo tiene como aguja.
No hay primer encuentro malo;
tocas tenga y sea una mona;
si es lejos, a la fregona
de casa le haré un regalo.

LEONARDO. ¡Basta! ¡Bueno está, Teodoro!—

Razón será que ya impida
este gusto mi partida.

TEODORO. ¿Cuándo te vas?

LEONARDO. Hoy.

CASANDRA. Pues lloro.

¿Tú te vas?

LEONARDO. Por quince días

de tus ojos me destierro.

TEODORO. Si tú te vas como perro.

CASANDRA. Hoy se acabarán mis días.
¡Muerta soy!

LEONARDO. ¿Ves? Desmayada
cayó. ¡Mal haya tal fe!

TEODORO. (¡Que así esta bellaca esté!
¡Oh, bellacona taimada!)
Advierta vuestra merced

que no me ha engañado a mí.

LEONARDO. ¿Para qué la hablas así?—

Criadas, agua traed.—

¡Ah! ¡Mal haya tanto amor
y el haber venido aquí!

TEODORO. ¡Mal haya el fingir—le di—,
y maldirásla mejor!

LEONARDO. ¿Para qué hablas así?

TEODORO. ¿Qué importa que esto le diga?

LEONARDO. ¡Ah, mi buena dulce amiga!

TEODORO. ¡Que esté esta bellaca así!

Unas palabras sé yo

con que luego en sí volviera

si desmayada estuviera.

LEONARDO. ¿Qué, no lo está?

TEODORO. Creo que no.

LEONARDO. Díselas.

TEODORO. Están en griego.

LEONARDO. No importa.

TEODORO. Ya se las digo.—

Treinta escudos trae el amigo;
llega y péscaselos luego.

(Vuelve en sí)

CASANDRA. ¡Jesús, y qué turbación!

TEODORO. (Mira si han aprovechado.

LEONARDO. Dile más.)

TEODORO. Halos prestado
para cierta ejecución.

LEONARDO. Tornado se ha a desmayar.

TEODORO. Faltó a la palabra fuerza.

LEONARDO. Con otras, Teodor, la esfuerza.

TEODORO. Aquí los trae.

CASANDRA. ¡Qué pesar!

LEONARDO. Acabad ya, vida mía,

que me tenéis de un cabello.

CASANDRA. ¿Que te vas?

LEONARDO. Habré de hacello

por fuerza.

CASANDRA. ¿Cuándo?

LEONARDO. Este día.

CASANDRA. Y ¿qué he de hacer entre tanto?

LEONARDO. Regalarte, que aquí va

dinero que basta.

TEODORO. (Ya

está deshecho el encanto;

ya se ha pasado el desmayo.)

CASANDRA. ¿Al fin me dejas sin ti?

TEODORO. Muerta me has de hallar aquí.

(No finge mal, rico ensayo,

si no que es a lo moderno.)

LEONARDO. ¿No tendrás de mí memoria?

CASANDRA. ¡Cómo esperaré tu gloria

en mi pena, que es infierno!

TEODORO. (En él ¡plega a Dios! estés

si no mientes, Magancesa.)

LEONARDO. Harto el dejaros me pesa.

Beso a Casandra los pies.

CASANDRA. ¿A eso sólo venías?

¡Muerta me hallaréis los dos!

¿Vase Teodoro con vos?

TEODORO. Soy el perro de Tobias,

que no le puedo dejar;

juntos vamos y vendremos.

(¡Bien finge! ¡Lindos extremos!)

CASANDRA. Muerta me tienes de hallar.

TEODORO. (Buena queda. Tú verás

si la hemos de hallar muerta.)

CASANDRA. Cierra, Drusila, la puerta;

TEO
CAS

LEO

TEO

LEO

TEO

LEON

(Van

BELA

LISBE

ciérrala, no la abras más.

TEODORO. (Escúchala desde aquí.)

CASANDRA. Cierra también la ventana;
no haya luz tan de mañana;
pues se va mi bien de aquí,
sea el Limbo mi aposento.
Hoy no me den de cenar;
quírome entrar a acostar.
¡Jesús, qué mala me siento!

LEONARDO. Muerta queda de temor
de si tengo de tornar,
y si ella me ve tardar
ha de morir de dolor.
Conocerás tu intención
ser pertinaz y perdida.
Por mí ha de acabar su vida.

TEODORO. Calla, que eres bobarrón.
No hemos pasado la calle,
que en pasando ¡vive Dios!,
que le han de ver más de dos
sobre el faldellín el talle.
No hemos pasado la puente,
que, en saliendo, es cosa llana
que ha de ser el aduana
donde combata la gente.

LEONARDO. De modo me persuades,
que casi estoy por creer
que todo eso puede ser
y que me dices verdades.
Tú has de ver en sus entrañas
que ha de ser su fin muy presto.

TEODORO. Apartémonos del puesto,
y tú verás sus marañas.
Verás si sabe vivir
cuando la oprima tu ausencia,
y verás si en tu presencia
sabe llorar y fingir.

LEONARDO. Todo aqueo puede ser;
mas cree de mí una cosa,
que si aquésta es mentirosa
que no creeré más mujer.
Quiero a mi casa llegar
y vestirme de camino.
Si fuere mal adivino,
yo me condeno a azotar.

(Vanse, y sale LISBELLA y BELARDO con la cadena.)

BELARDO. Esta cadena me dió,
y que tú la habías perdido
el hombre me declaró.

LISBELLA. En todo engañado has sido;

o el nombre o la casa erró.
Nunca tal joya perdí.

BELARDO. ¿Tienesme por hombre a mí
que la cadena trujera
si aquesto no me dijera,
o no te confías de mí?

LISBELLA. ¿O es que pones en olvido
lo que en tu servicio he hecho?
No tienes que estar corrido,
que muy bien sabe mi pecho
que eres hombre bien nacido;
pero púdote engañar,
y engañóte, no hay dudar.

BELARDO. Aqueso he sentido más.
Déjame ir allá y verás
si sé por tu honor tornar.

LISBELLA. Eso es, Belardo, peor.
Mejor será remediallo
antes que encienda el Amor
fuego que, para apagallo,
sea menester el honor.

BELARDO. ¿Qué es lo que quieres hacer?

LISBELLA. Yo le quiero responder
de mi mano en un papel.

¿Hay recado para él?

BELARDO. Presto se podrá traer.

LISBELLA. Este extranjero, Belardo,
es el que hoy estaba en misa.

BELARDO. A escribirle te da prisa.

LISBELLA. No imagines que me tardo.

Aquí mi mano le avisa
que se reporte y entienda
que tengo dueño y hacienda;
que se esté quedo en su casa,
porque si por la mía pasa
habrá en ella quien le ofenda.

BELARDO. Que le añadieses querría
que si acaso va creciendo
su inexpugnable porfía
le harás matar.

LISBELLA. Voy diciendo

eso con más cortesía,
porque a un hombre principal
no se puede escribir mal
ni perderle así el respeto.
Con esto acabo, en efeto.
Gente suena en el portal.

(Entra LEONARDO hablando.)

LEONARDO,

¿No hay nadie en esta casa? ¿Qué es aquesto?

BELARDO.

(Mi señor viene.

LISBELLA.

Pues ¿no habías cerrado?

BELARDO.

Esconde ese papel.

LISBELLA.

Conviene presto.)

LEONARDO.

¿De qué estáis vos turbada y él turbado?
¿Cómo no respondéis los dos tan presto?
¿Os ocupa el temor de lo pasado?
¿Qué hacía aquí el papel y escribanía?

LISBELLA.

A mi padre una carta enviar quería.

LEONARDO.

¿A vuestro padre? ¿A vos por dicha os falta algo en mi casa?

LISBELLA.

No es por falta alguna que tenga en vuestra casa, o baja o alta, pues vos sabéis que no falta ninguna. El alma se me aflige y sobresalta con el temor de mi cruel fortuna. No hay dudar, yo tengo en vuestra casa lo que a mi calidad excede y pasa.

LEONARDO.

No más fingir, que ya he dado en el blanco.
¿De qué sirve fingir que es otra cosa?
¿De qué te pones colorado y blanco?

LISBELLA.

(Hoy es mi muerte, sin razón, forzosa.)

LEONARDO.

A tu señor agradecido y franco, a quien mostrabas risa vergonzosa, ¿no respondes? Decid lo que ha pasado, que estoy en fuego de mi honor asado.

LISBELLA.

¡Jesús! Señor, ¿vos empuñáis la daga?
¿Tenéis, acaso, de mi honor recelo?

LEONARDO.

No os espantéis, Lisbella, que esto haga.

LISBELLA.

Viva me trague, si os ofendo, el suelo; mas porque el corazón no se deshaga en el pecho pensando este recelo, oídmeme un poco, contaréoslo todo.

LEONARDO.

Con esa dilación pensáis el modo.

LISBELLA.

Después que [vos] tratáis mujeres ruines, habéis tenido ruines pensamientos, viniéndoos a acostar a los maitines con mil livianos entretenimientos.

LEONARDO.

Hacéisos todos unos serafines en viendo descubiertos los intentos de vuestro mal vivir, y luego ha sido culpa el marido, que anda distraído.

LISBELLA.

Paso, señor, que soy mujer honrada, y no lo agradecéis.

LEONARDO.

¡Gentil respuesta!

¿No estáis, Lisbella, vos misma obligada a vos propia por vos a ser honesta?

LISBELLA.

En tales tiempos que no está guardada la honra, sino a mil peligros puesta, tener honor guardado en casa es mucho.

LEONARDO.

¡Qué grandes disparates os escucho! Muy bueno es que una mujer casada quiera que su marido le agradezca el vivir recogida y recatada, y esto dificultoso le parezca; y porque al otro le negó la entrada entonada se empine y engrandezca pidiendo galardón por lo que es pena. Si vos sois buena, para vos sois buena. ¿Hízose el matrimonio por ventura para que la mujer no le guardase, o para que encerrada en su clausura por su marido y por su honor mirase?

LISBELLA.

Y ¿diósele al marido más anchura para que, desvelado, desvelase a su casa y mujer con tal exceso?

LEONARDO.

Callad, que me hacéis cargo sin proceso.

LISBELLA.

Si vos, Leonardo, fuérades tan bueno, no había que agradecer que yo lo fuera; mas andáisos de noche, y al sereno, bebiendo el viento de una vil ramera, y atrévese a la vuestra un hombre ajeno que, por dicha, quizá no se atreviera si os viera en casa honesto y recogido haciendo propias obras de marido.

Saben como andáis vos amancebado y que a mí me tenéis moza y ociosa, y atrévese algún hombre, a vuestro lado, como a cama desierta y deseosa. Estos días un hombre me ha mirado, a quien he resistido vergonzosa, y hoy me ha solicitado estando en misa, y sabe Dios si yo lo he echado en risa. Dióle, al fin, á Belardo esta cadena para que me trujese hoy.

LEONARDO.

¡Oh, villano!

BELARDO.

Inocente de culpa y no de pena estoy. ¡Por Dios, señor, detén la mano!

LISBELLA.

Viéndome, pues, de aquesta culpa ajena, por que se resfriase este liviano, la cadena volverle ahora quería, y de esta suerte mi papel decía.

LEONARDO.

Mostrad luego el papel.

BELARDO.

Esta es la prenda.

LISBELLA.

Mi bien, discreto sois.

LEONARDO.

Soy desdichado.

LISBELLA.

¿Queréis que este suceso el mundo entienda? En vos mismo se esté depositado.

LEONARDO.

Si estás culpada al Cielo te encomienda! Entraos en ese aposento.

LISBELLA.

Con cuidado me digas de tu vida.

LEONARDO.

En ti la empeño.

LISBELLA.

Que, al fin, aunque eres malo, eres mi dueño.

LEONARDO.

Partamos luego.—¿Tú por dicha sabes dónde vive este hombre?

BELARDO.

A San Luis decía.

Creo que es conde.

LEONARDO.

Esconde cosas graves en su villana y loca fantasía. Abre esa puerta y toma tú las llaves, que si en algo padece la honra mía, no ha de quedar en casa de este hombre hoy cosa que de vida tenga nombre.

(*Vanse; sale el CONDE, TANCREDO y MAURICIO.*)

CONDE. Si ella me responde airada, tenme, Mauricio, por muerto.

MAURICIO. Que responderá es muy cierto.

CONDE. ¿Cómo?

MAURICIO. Está poco obligada.

CONDE. Pues ¿qué la tengo de hacer?

MAURICIO. Porfiar, y porfiar, que a una mujer el amar la ha de venir a vencer.

CONDE. Yo soy, Mauricio, el vencido y el que había de morir hoy, si en la pena con que estoy no socorro mi sentido. Bella casada, no huyo de querer lo que tú quieres, pues por ser lo que tú eres a tu amor me restituyo.

[MAURIC.] No te has de morir tan presto, pues la empezaste a ver hoy.

CONDE. Si de hoy a la muerte estoy, el vivir acaba en esto. Bella casada, no huyas de darme un nuevo favor, que moriré de temor aunque mil miedos me arguyas.

- A ti sola me consagro,
y, cuando me des la vida,
a ti te estará ofrecida
como dueña del milagro.
Cree, Lisbella, de mí
que a ti mismo cree mi dueño; (1)
a tu amor propio me empeño,
pues la libertad te di.
- MAURICIO. Sosiégate, no estés loco.
- CONDE. Pierdo, Mauricio, el sentido
de que guarde fe al marido
que a la mujer tiene en poco.
- MAURICIO. ¿En poco? ¿De qué manera?
- CONDE. Agraviándola el marido,
pues que la tiene en olvido.
- MAURICIO. El marido, si lo fuera,
acá se usaba en España
matar a la hembra el varón.
- CONDE. Pues esa misma razón
por igual a los dos daña.
Los que se juntan en uno,
siendo por mano de Dios,
el daño será en los dos,
igual lo fuera en el uno.
- [MAURICIO.] Siempre el hombre es preferido
en esto y en lo demás.
- CONDE. ¿Qué razón para eso das?
- MAURICIO. No más que ser el marido.
- CONDE. Luego la ley de la tierra
¿difiere de la del Cielo?
- MAURICIO. Como de ese Cielo al suelo.
- CONDE. Pues ¿yerra en todo?
- MAURICIO. Si yerra.
Mas ven acá: ¿Dios no manda
que al que me dé un bofetón
que le sufra otro?
- CONDE. Es razón
de Dios, en sus leyes anda.
- MAURICIO. Pues el mundo es de otra suerte,
que me manda que le mate,
y como de esto no trate
quedo infame hasta la muerte.
- CONDE. Yo querría disculpar
a la Bella, y tú no quieres;
yo disculpó a las mujeres
que muchos suelen culpar.
- MAURICIO. Dime tú: si acaso un hombre
con otro a su mujer viesse
y a los dos presos tuviese
con aqueste infame nombre,
- ¿recibiera por descargo
la justicia, del marido,
que había andado distraído?
- CONDE. Haces a Lisbella cargos.
Di qué puede una mujer
si el marido la aborrece,
amar a quien la apetece.
Dílo y dame este placer,
que ojalá pluguiera a Dios
que en eso el daño estuviera
antes que me aborreciera.
- (Entra TANCREDO.)
- TANCREDO. Dos hombres te buscan.
- CONDE. ¿Dos?
- TANCREDO. Dos, y creó que de parte
de Lisbella.
- CONDE. ¿Estás en ti?
- ¿Qué dices?
- TANCREDO. Así lo oí.
- CONDE. Este anillo quiero darte,
y díles que entren.
- TANCREDO. Entrad.
- (Entran LEONARDO y BELARDO.)
- BELARDO. ¿Conocéisme?
- CONDE. Aunque te vi
donde el sentido perdí,
conozco [en] tu claridad
que de aquel sol que has mirado,
tanta parte te ha cabido,
que vienes de luz vestido.
- BELARDO. En todo estás engañado.
Acuérdate que me diste,
con pecho falso y fingido,
esta joya, que perdido
mi señora había dijiste.
- CONDE. Sí me acuerdo.
- BELARDO. Yo, al momento,
partí desde aquí a llevalla,
donde pudiera compralla
con mi loco atrevimiento:
que, como partí engañado,
la di, y hizo tal efecto,
que me puso en el aprieto
qué si yo fuera culpado.
Mi señora que la vió,
dándome a mí solo el cargo,
sin admitirme descargo
a su gente me entregó,
donde si un ruego no hiciera
el descargo en mi disculpa,
yo, como autor de la culpa,

(1) Este verso es incorrecto.

por tu causa padeciera.
Para saber la verdad
viene conmigo un criado
de su casa, el más honrado
y el de mayor calidad.

LEONARDO. Yo soy quien vengo con él,
aunque no con poca pena,
y os traigo aquesta cadena
y con ella este papel.
Y me espanto de que deis,
siendo noble y caballero,
y tan nuevo y extranjero,
en servir a esa que veis;
que aunque es verdad que el Amor
a todos puede igualar,
puede esa mujer prestar
a muchas honra y valor.
Engañastes al criado
dándole aquesta cadena,
para el tercero aun no buena
y vil para el amo honrado.
Tenéis mala información
de Leonardo y de Lisbella,
y no hacéis Escipión con ella (1)
lo que en Capua Escipión.
Y si pensáis por dinero
conquistar su honra y honor,
muy honrado es mi señor,
muy rico y muy caballero;
y hallaréis, cuando él nos llame,
como yo muchos criados
que ciñen a hidalgos lados
limpio acero y oro infame.
Lo que me respondéis ved
por que me vaya.

CONDE. No creo
que es mi delito tan feo.
Oíd, por me hacer merced.
Confieso que la miré,
y de su rostro pagado,
engañé aqueso criado
y esa cadena [le] envié.
Y a aquesto me he atrevido,
no porque no fuese honrada,
sino porque mal casada
dicen que es con su marido;
que diz que es amancebado,
y es justo que a una mujer
que tantos pueden querer
no la deje de su lado;

(1) También en este verso, para que constase,
había que leer "Cipión".

aunque quien tales criados
a guardar su honra previene,
muy justa disculpa tiene
de olvidar esos cuidados.
Pero podéisle advertir
la guarde como a su vida,
que fuerza muy combatida
suele venirse a rendir;
que la quiera y que la ame,
que, aunque se finja más fuerte,
nadie es bueno hasta la muerte
ni hasta el fin bueno se llame,
y de mi parte prometo
no pasar su calle más.

LEONARDO. Con eso, que importa más,
pido, señor, el secreto.

CONDE. Yo os lo juro, y alumbrad,
que creo que ha anochecido.

LEONARDO. La luz que quise he tenido.
Mi señor, adiós quedad.

(Vanse BELARDO y LEONARDO y el CONDE se queda.)

CONDE. ¿Hay suceso semejante?
Perdido quedo ¡por Dios!

TANCREDO. ¡Qué criados estos dos!

CONDE. Amante soy de un diamante,
que estas dos puntas son guarda
de su fuerza inexpugnable:
ella es fuerza incontrastable
del temor que me acobarda.
¿Hay suceso más cruel
que el que a mí me ha sucedido?
Mas oíd, que al fin he sido
dichoso en este papel,
que, al fin, de su mano fiel
el Cielo me ha socorrido.

MAURICIO. Dice aquí que te ha querido.

CONDE. Oye y mira sólo a él
y en qué palabras me fundo.
"Cánsome el estalle oyendo"
¿no dice aquí?

MAURICIO. Así lo entiendo.

CONDE. Y que no escriba el segundo.
Pues quien me envía a avisar
bien me debe de querer;
mucho sabe esta mujer,
y es fuerza que se ha de amar.

MAURICIO. Yo te daré una mujer
que, en corriendo la cortina,
es la misma Celestina
en el comprar y el vender.
Escribele con aquesta,

que si eso has imaginado,
 hoy mejoras de cuidado,
 porque es cierta su respuesta;
 que acaso no se fió
 de aquel que llevó el pasado,
 y aqueste engaño ha buscado
 y con esto te avisó.

CONDE. Mauricio, sin duda es cierto.
 Búscame aqueza mujer,
 amanezca en mi placer,
 pues llegó mi bien al puerto.
 Ya no temo a mi contrario,
 y vamos, porque querría
 pasar por la Platería
 a comprar un relicario.

MAURICIO. ¿Para qué?

CONDE. Para poner
 aqueste papel bendito.

MAURICIO. ¿Qué hueso de San Benito!
 Mas quizá lo vendrá a ser.

(Vanse, y sale TEODORO y FABRICIO.)

TEODORO. Al fin, ¿la banda te dió?

FABRICIO. Luego que vió tu papel
 dió lo que pides por él.

TEODORO. ¿Y el corte no?

FABRICIO. El corte no;
 pero dióme raso bueno,
 de lo fino valenciano,
 que no se quiebra en la mano
 ni cruje de goma lleno.
 Dióme ligas.

TEODORO. ¿Qué color?

FABRICIO. De encarnado tafetán.

TEODORO. ¿Y oro?

FABRICIO. De lo de Milán,
 que es más delgado y mejor.

TEODORO. ¿Compraste los zapatillos?

FABRICIO. Con caireles de oro y seda.

TEODORO. Yo gasto linda moneda.

FABRICIO. De los blancos y amarillos.

TEODORO. La cuenta te estoy pidiendo
 que si fuera para mí.
 Llévalos, Fabricio, y di
 que iré en ganando o perdiendo,
 que aquí, desde aquí a las diez,
 me quiero entrar a jugar.

FABRICIO. Dime: ¿qué te ha hecho dar
 tantas cosas de una vez?
 Tú que en las casas entrabas
 y a mujeres les comías
 cuanto en alacenas vías

y hasta espejos les hurtabas,
 de ver esta sevillana
 ¿te has mostrado tan rendido?

TEODORO. ¿Qué poco me has entendido!

FABRICIO. Calla, que es una gitana,
 y te pelará las barbas
 si das tanto en humillarte.

TEODORO. Como ésas tengo a una parte
 tripuladas como parvas.

FABRICIO. Otra mozuela sé yo
 que es más nueva en el oficio.

TEODORO. ¿Mozuela? ¿Dónde, Fabricio?

FABRICIO. Aquesta tarde llegó.
 Ello todo es alquilado
 cuanto en su casa se aliña,
 hasta la ropa y basquiña;
 mas es de limpio tramado.

TEODORO. ¿Hay garabato? ¿Hay limpieza?

FABRICIO. Plata, nieve y lo demás.

TEODORO. Pues eso le llevarás.

FABRICIO. ¡Oh, qué pies! ¡Oh, qué cabeza!

TEODORO. Déjame, que estoy perdido.
 ¡Ah, muchacha de los Cielos!

FABRICIO. ¿Qué cascos!

TEODORO. Ya tengo celos
 del malo que la ha traído.

FABRICIO. ¿Qué, la tienes tanto amor?
 Gente viene.

TEODORO. Hazte a esa parte.—
 Pues ¿qué hay, señor Durandarte?

(Entra LEONARDO.)

LEONARDO. Ya ve el señor Galaor.
 Pues bien, ¿cómo va, Teodoro?
 ¿Dónde bueno se despacha?

TEODORO. ¡Oh, Leonardo, qué muchacha!

LEONARDO. ¿Es hermosa?

TEODORO. Como un oro.

LEONARDO. ¿Cuándo la viste?

TEODORO. Fabricio
 me lo ha dicho.—Llévale eso,
 que pierdo por ella el seso.

FABRICIO. Voy a hacer, señor, mi oficio.

LEONARDO. ¿Viste a Casandra, Teodoro?

TEODORO. Vamos, Leonardo, de aquí.

LEONARDO. No pienso pasar de aquí;
 sólo a mi Lisbella adoro.

TEODORO. ¿Búrlaste, Leonardo?

LEONARDO. ¿Cómo?

TEODORO. ¿Estás conmigo fingiendo?

LEONARDO. La verdad te estoy diciendo;
 aquesto de veras tomo;

C
A
L
C
J
A

ya todo se me ha olvidado;
ya dejo esos disparates.
TEODORO. Pues como ya de eso trates,
en mí tendrás un criado.
¿Has visto a Casandra más?
LEONARDO. ¿Cómo la he de ver sin ti,
pues desde ayer no te vi?
TEODORO. Pues ¿qué es aquesto en que das?
¿Qué te llevó a tu Lisbella
que de Casandra te aparta?
LEONARDO. La ocasión, amigo, es harta.
Quiero adoralla y querella.
Ya he visto lo que hay que ver.
¡No más burlas, santo honor!
TEODORO. De ti no quiero en rigor,
lo que no quieras, saber.
Gusto no vería tras quien
te diera algún bebedizo
envuelto en algún hechizo.
LEONARDO. Déjalo, Teodoro; ven,
que he de ver si me olvidó,
pues estoy junto a su casa.
TEODORO. Ven y verás lo que pasa.
LEONARDO. Todo, Teodoro, pasó.

(Vanse; sale CASANDRA, JULIO y LUCINDO.)

CASANDRA. ¿Cómo no veniste, amigo,
que hasta agora te esperé?
JULIO. No pude venir, a fe;
cree de mí lo que te digo.
CASANDRA. Sentémonos, pues estamos
seguros de aqueste ausente.
LUCINDO. Vuesa merced no lo miente
si no quiere que nos vamos.
CASANDRA. Pon en mi regazo, amigo,
la cabeza, espulgaréla.

(Entra ALEJANDRO y ARTANDRO.)

LUCINDO. Dormiréme.
ALEJ. ¡Bien se vela!
Aguardadle.
JULIO. Aqueso digo.
ARTANDRO. Llamen a Leonora y Fabia,
tendremos conversación,
CASANDRA. Tienen cierta ocupación.
ARTANDRO. Esa ocupación me agravia.
LUCINDO. ¿Hay rifa?
CASANDRA. No faltará.
Estas manillas en veinte
escudos.
JULIO. Vaya pariente.
ALEJ. Echada la suerte está.

CASANDRA. Los naipes están aquí.
JULIO. ¿Casandra no ha de rifar?
ALEJ. De aqueso no hay que dudar.
ARTANDRO. ¿Alzo por la mano?
LUCINDO. Sí.
JULIO. Esto es, que el mejor la gane
y la pague el más ruín.
ALEJ. Aqueso es decir, al fin,
que uno hiera y otro sane.
ARTANDRO. Sentado estoy.
LUCINDO. Yo también.

(Entra TEODORO y LEONARDO.)

TEODORO. (Leonardo, ¿dirélo yo?)
LEONARDO. ¿Es la que se desmayó?
TEODORO. Y la que es maya también.
Echarélos por ahí
así como están sentados.
LEONARDO. Estemos más sosegados.
TEODORO. Vaya por amor de ti.)
LUCINDO. Veinte tengo.
ARTANDRO. ¡Buena estás!
Quédome yo en la posada.
JULIO. Naípe, dame aquí una espada
sola esta vez, y no más.
LEONARDO. (¡Quién te la pasara a ti,
bellaco, desvergonzado!)
TEODORO. Leonardo, más sosegado
está si has de estar aquí.)
JULIO. Naípe, esta vez y no más.
¿Quién sopla?
CASANDRA. Yo.
TEODORO. (¡Ah, socarrona!
¿Tan pronto diste en soplona
estando tu bien detrás,
digo, tu galán ausente?)
LEONARDO. ¿Qué, no me queréis dejar
que eche, Teodoro, a rodar
por aquí toda esta gente?)
JULIO. Espadas es ¡vive Dios!
CASANDRA. El soplillo te lo diga.
JULIO. Sírvete de ellas, amiga.
TEODORO. (No se soplan mal los dos.)
ARTANDRO. ¿Qué hacéis vos?
ALEJ. Muerdo esta sota.
LUCINDO. La misma me ha entrado a mí.
ARTANDRO. ¿Bailaráse?
ALEJ. Sí.
JULIO. Eso, sí.
LUCINDO. Siempre el ganar alborota.
TEODORO. (Llega, que está encarnizada.)
JULIO. Ya vino el de los favores.

LEONARDO. No cese por mí, señores,
la música comenzada.
ALEJ. ¡Ojo! El del alma ha venido.
LUCINDO. Y aun el del cuerpo también.
ARTANDRO. Yo me voy.
ALEJ. Y yo también.
JULIO. Y yo.
LUCINDO. Contadme por ido.
CASANDRA. ¡Jesús! ¿Tan presto has venido?
LEONARDO. ¿Por qué, Casandra, se van?
TEODORO. Porque eres tú su galán.
LEONARDO. ¡A qué tiempo me has cogido!
¿Eres tú la desmayada
y que te morías por mí?
CASANDRA. Consolarme pretendí,
que estaba desconsolada.
Dame, mi bien, esos brazos.
Acabemos, no haya más.
LEONARDO. No esperes verme jamás,
que antes los haré pedazos.
TEODORO. “¿A eso sólo venías?
Muerta me has de hallar, a fe.”
¿Qué te parece?
LEONARDO. Que fué
lo mismo que tú decías.
Vamos, Teodoro; no más.
CASANDRA. (Este traidor lo concierta.)
TEODORO. “Cierra, Drusila, la puerta;
ciérrala, no la abras más.”
CASANDRA. Voime si me hablas así.
TEODORO. “Cierra también la ventana;
no haya luz tarde y mañana,
pues se va mi bien de aquí.
Sea el Limbo mi aposento.
Hoy no me den de cenar.
Quiérome luego acostar,
¡Jesús, qué mala me siento!”
CASANDRA. Si me tratas de esa suerte
pronto me verás morir.
TEODORO. Gana me da de reír.
Tenla, que se dará muerte.
¿Estás ya desengañado?
¿Podrémonos ya volver?
LEONARDO. Voy, Teodoro, a mi mujer,
que adoro en ver su traslado.
Y tú, ¿dónde irás agora?
TEODORO. ¿Ya no conoces mi tacha?
A ver aquella muchacha,
que la adoro habrá media hora.
LEONARDO. ¿Es hermosa?
TEODORO. No la he visto;
pero pareceme a mí

que es bonita.

LEONARDO. Voy tras ti.
TEODORO. En balde tu humor (1) resisto.

JORNADA TERCERA

(Sale LEONARDO y LISBELLA, con una cadena asidos.)

LEONARDO. Soltad, Lisbella, no deis
lugar a algún disparate.
LISBELLA. No he de hacello aunque me mate
vuestra mano.
LEONARDO. ¿Qué, queréis
dar lugar a que me enoje
con resistir la cadena?
Daisme a entender que es ajena
con eso.
LISBELLA. ¡Que así se arroje
vuestra lengua para hablar
cosas contra vuestro honor!
Soltadla ¡por Dios!, señor,
que si la quiero guardar
no fué por daros pasión,
ni porque a mí se me diera
nada de que se perdiera;
mas téngola yo afición,
que quien os daba sin pena
sortijas, manillas, broches
estas tres o cuatro noches,
diera también la cadena;
que si yo la he resistido
fué por ser la primer cosa
que hizo fe de vuestra esposa
cuando fuisteis mi marido,
y así quise guardar ésta
por tener el fundamento
que hizo fe de un casamiento
que ya tan caro me cuesta.
LEONARDO. Soltadla, que ya sé yo
por qué tanto la guardáis.
LISBELLA. ¿Cómo? Pues ¿no os acordáis
que vos me la distes?
LEONARDO. No.
LISBELLA. ¿No, decís? Pues ¿no sabéis
que vos propio la trujistes
y al cuello me la pusistes?
Ya olvidado lo tenéis,
y cáusalo la pasión
de esas indomables iras.

(1) En el texto, "honor".

¡Ay, Dios, que en el Cielo miras
la propia imaginación,
mira mi honor afrentado!

LEONARDO. No digo que no sois buena.
Dadme agora la cadena,
Lisbella, que estoy picado.

LISBELLA. Ya os digo por qué la guardo,
que no es por el valor de ella.

LEONARDO. Acabad; quedaos con ella,
que yo os prometo...

LISBELLA. Leonardo,
a un hombre de tanto peso
¿es justo que así le ciegue
un vicio vil y que juegue
su hacienda con tal exceso?
¿No veis vuestros hijos dos,
y no veis vuestra mujer
que lo habrá bien menester?

LEONARDO. Andad ¡mal os haga Dios!,
que cuando me entretenía
de noche con un amigo,
pongo al Cielo por testigo
que sufriros no podía;
que si en una casa entraba
dábades voces al Cielo
y venganza a todo el suelo,
diciendo que os afrentaba;
y yo entraba honradamente
y vuestra rabia y furor
me hizo, con vuestro rigor,
mal casado con la gente.

LISBELLA. ¿Yo, señor? Pues ¿qué os hacía?
¿En mi casa no me estaba?
¿A mis solas no lloraba?
¿Quitábaos vuestra alegría?

LEONARDO. Sí, y perdiades el juicio,
diciendo que yo os dejaba.

LISBELLA. Luego, si un vicio se acaba,
comenzáis por otro vicio.
¿No puede un hombre casado
tener su gusto y sabor
sino siendo jugador
y dando en amancebado?
Pues de aquí, Leonardo, os ruego
que si algún vicio ha de haber,
deís el alma a una mujer
y no se la deís al juego,
que a los ratos oportunos
de gozar vuestros favores,
de tanto decirle amores
quizá me diréis algunos.
Que cuando allá fuera andaba

vuestro gusto entretenido,
o por ser vos mi marido,
o porque yo me quejaba,
entre mil requiebros bellos
vuestros brazos tuve asidos,
y, aunque para mí fingidos,
yo me engañaba con ellos.
Y aunque por esto engañada,
gozaba de vuestro lado,
y con hombre regalado
era de vos regalada,
y agora que estáis conmigo,
como el sueño no es pesado,
más espaldas me habéis dado
que un cobarde a su enemigo.
Dormís con poco sosiego;
coméis poco, alborotado;
andáis desasosegado,
y abrasáisme en puro fuego.
Y agora si os digo “¡Muero,
mi bien!”, luego se alborota
vuestra alma y dice: “Una sota
me quitó todo el dinero.”
No quiero competidor
tan grande, que una mujer
otra la podrá vencer
con industria o por amor;
mas contra un naípe no sé
treta que pueda valerme.

LEONARDO. Todo esto es entretenerme.
La cadena se me dé,
Lisbella, que ya sabéis
lo que es un hombre picado.

LISBELLA. Basta lo que habéis jugado
y lo que holgado os habéis.
Mirad que os está muy mal,
señor, que de vos se diga
que ayer dejastes la amiga
y hoy jugáis vuestro caudal:
que el que es, cual vos, caballero,
Leonardo, debe atender
a lo que ha de padecer
su honra entre el vulgo fiero.

LEONARDO. Lisbella, el aconsejarme
sólo tiene de servir
de enojarme y de reñir,
y sobre todo picarme.
Que oyendo vuestros consejos
y viendo lo que queréis,
y que con ellos ponéis
estos remedios tan lejos,
he perdido en quince días

LISBELLA. más de cuatro mil ducados. Están, señor, bien jugados, pero no las joyas mías.

LEONARDO. ¡Acabad, soltadla ya!

LISBELLA. La vida podéis quitarme.

LEONARDO. ¿Vos pretendéis enojarme? ¡Soltadla!

LISBELLA. Tarde será.

LEONARDO. ¡Oh, pesé a tal con la loca!

LISBELLA. ¿Vos ponéis en mí la mano? [no! ¡Padre! ¡Señor! ¡Primo! ¡Herma-

LEONARDO. ¡No más! ¡Cerrá aquesa boca!

LISBELLA. Por mujer nunca me diste, ¿y ahora por el juego sí?

LEONARDO. ¡No más!

(Vase LEONARDO. [Entra FABIA.]

FABIA. ¿Cómo estás así, señora, con penas tristes? ¿Cómo estás así?

LISBELLA. ¡Mi Fabia, muero de un dolor temprano!

FABIA. Mira que sale tu hermano.

LISBELLA. Pues disimula cual sabía.

(Entra CLAVELIO.)

CLAVELIO. Leonardo descolorido y no hablarme cuando entré, y vos en el suelo; a fe, hermana, que habéis reñido. ¿Vos estáis de esa manera?

¡Vive Dios, si tal pensara, en la puerta lo clavara antes que de ella saliera!

LISBELLA. Hermano, en toda mi vida nunca más contenta estuve que agora.

FABIA. Una mujer sube.

CLAVELIO. ¿Qué fué, Lisbella querida, la causa de este interés?

LISBELLA. Quería, hermano querido, darme Leonardo un vestido, que tú lo verás después; y faltándole el dinero, lleno de cólera y pena, tomó, hermano, una cadena que yo como a un hijo quiero. Yo, como le vide airado, a tomársela corré, caí y un pie me torcí, y de aquesto iba enojado.

CLAVELIO. ¡Por tu vida! ¿Aqueso fué? Huélgome de haber venido y que tan poco haya sido.

FABIA. No es poco torcerse un pie.

LISBELLA. Dame tú, Fabia, la mano. ¡Ay! ¡Qué dolor he sentido! El chapín se me ha torcido; otros me den. ¡Ay, hermano, y qué gran dolor me dió!

CLAVELIO. No, Lisbella; ya lo entiendo, y que estás de mí encubriendo lo que entre los dos pasó. No me contenta, Lisbella, la envidia de vos vengada; creo que malmaridada quiere añadir a la bella.

LISBELLA. Hermano, no hay que dudar, que lo que he dicho ha pasado y no hay que tomar cuidado de ello.

(Entra MARCELA.)

MARCELA. Hija, ¿podré entrar?

LISBELLA. ¿Quién es?

FABIA. Aquella mujer que suele traer las tocas.

MARCELA. Ya las mías, hija, apocas. ¿Cómo no te dejas ver? ¡Linda estás! ¡Guárdete Dios! ¡Qué deseo que tenía de verte ya!

LISBELLA. ¡Madre mía!

CLAVELIO. Dadle una higa.

MARCELA. Y aun dos. LISBELLA. Muestra a ver. ¡Qué pobres son! ¡Qué viejos y sin donaire! Aquéste tiene algún aire, mas es vieja la invención.

CLAVELIO. ¿Qué quíes, Lisbella, comprar, que todo pagarlo quiero?

LISBELLA. Tente, no saques dinero.

CLAVELIO. Todo lo quiero pagar.

LISBELLA. Para mayor ocasión quiero tus cosas, hermano.

CLAVELIO. Como hermano y cortesano quiero pagar.

MARCELA. No es razón.

CLAVELIO. ¿De que yo te pague huyes? No tracs gana de vender.

MARCELA. Antes me echas a perder y mis intentos destruyes.

CLAVELIO. ¿No quíes vender?

LISBELLA

MARCELA

LISBELLA

MARCELA

LISBELLA

MARCELA

CLAVELIO

MARCELA

CLAVELIO

LISBELLA

MARCELA

JULIO.

TEODORO

LEONARDO

JULIO

TEODORO

ARTAND

TEODORO

JULIO.

TEODORO

JULIO.

LEONARDO

TEODORO

LEONARDO

TEODORO

LEONARDO

TEODORO

(1) Fa
pasaje q
sonajes q

LISBELLA. Los tocados
son de labor enfadosa.
¿No traes, Marcela, otra cosa?

MARCELA. Sí.

LISBELLA. ¿Qué?

MARCELA. Guantes extremados.

LISBELLA. No ibas a decir eso.
¿Qué cosa es? Dilo llano.

MARCELA. ¿No ves que está aquí tu hermano?

CLAVELIO. Nunca lo dejes por eso.

MARCELA. Las cosas de las mujeres
no se tratan con los hombres.

CLAVELIO. Ya yo sé todos sus nombres
del peine a los alfileres.

LISBELLA. Vete, hermano ; por tu vida!

MARCELA. Vete y volverás después. (1)

.....
Al fin, cualquiera me agrada.
Bien dijo el otro ; por Dios! :
sólo le enfadaban dos.

JULIO. ¿Cuál?

TEODORO. La monja y la pintada.
(*Cantan dentro.*)

LEANDRO. ¿Cantan?

JULIO. Bien es que repares.

TEODORO. Si es música, quiero oílla,
que es de Lope la letrilla
y el tono de Palomares.

ARTANDRO. ¿No murió?

TEODORO. Sí, ya murió.

JULIO. El fué músico excelente.

TEODORO. Poco su falta se siente
adonde Juan Blas quedó.

JULIO. Gente viene al parecer,
(*Entra LEONARDO.*)

LEONARDO. ¿Es Teodoro?

TEODORO. Sí, yo soy.

LEONARDO. Leonardo soy.

TEODORO. Aquí estoy.
¿Soy en algo menester?
Mas pues a tiempo has venido,
sientate, que luego iremos,
que quieren cantar, y oiremos.

LEONARDO. A qué tiempo me has cogido.
Anda acá, vente conmigo,
que vengo para expirar.

TEODORO. Señores, dadme lugar
para servir a un amigo.

(1) Faltan dos versos a esta redondilla y el pasaje que indique la entrada de los nuevos personajes que hablan en seguida.

JULIO. ¿Somos menester allá?

TEODORO. No, señores, quedá adiós;
solos nos vamos los dos;
luego soy de vuelta acá.
(*Vanse TEODORO y LEONARDO.*)

LEANDRO. ¿Royó el cabestro Teodoro?

JULIO. Un amigo le llamó.

ARTANDRO. En efecto, las tomó;
no tiene más ley que un moro.

JULIO. Acabemos de oír cantar.

ARTANDRO. Vamos y grita les demos.

LEANDRO. Belardo dijo; escuchemos.

JULIO. Que aún no se quiso olvidar.

ARTANDRO. Será vieja la canción,
que eso está muy olvidado.

JULIO. ¿Hay nuevo gusto?

ARTANDRO. Extremado.

JULIO. Si es Fabia, tiene razón.
(*Vanse todos; sale TEODORO y LEONARDO.*)

LEONARDO. Pasa como te lo digo.

TEODORO. Más que lo sientes lo siento.

LEONARDO. Hago aquí a tu entendimiento
y a tu gran valor testigo,
que mi alma está turbada.

TEODORO. Confuso, Leonardo, quedo;
mas sólo creer no puedo
que esté Lisbella culpada,
y esto me hace entender
vería siempre tan honrada
y en su honra recatada.

LEONARDO. ¡Ah, Teodoro, que es mujer!
Peró, al fin, queda de suerte,
que, si es que culpada está,
esta mancha sacará
a mi honra con su muerte,
porque ella queda encerrada
y previne la invención.

TEODORO. ¡Extremada discreción,
y la invención extremada!
¿Tú has hablado a aqueste hombre?

LEONARDO. Sí. ¿Ya no te lo he contado?

TEODORO. Lo que me tiene espantado
es que hombre de tanto nombre
de aquesa manera trate
conquistar una mujer.

LEONARDO. Adonde entra el buen querer
el pensar es disparate.

TEODORO. En efeto, esta es su casa.

LEONARDO. Pues preguntemos por él,
que ya por verine con él
el corazón se me abrasa.

TEODORO. Sabe que yo estoy aquí,
que aunque sea gente romana
echaré por la ventana
a cuantos viven allí.

LEONARDO. Teodoro, nuestra amistad
pidé todas esas veras.

TEODORO. Cuando no me conocieras
fuera eso.

LEONARDO. Dices verdad,
que con llevarte a mi lado
cree que estoy tan satisfecho,
que se sosiega mi pecho
cual si estuviera vengado.

TEODORO. El Conde viene de fuera.
¿Habemos de hablarle aquí?

LEONARDO. Sí, que mejor es así,
y si lo negare, ¡muera!

(Sale el CONDE, MAURICIO y TANCREDO.)

CONDE. ¿Partió Marcela, Mauricio?

MAURICIO. Luego que vió tu embajada
partió muy determinada
de morir en tu servicio;
y no dudes, señor, de ella,
de que saldrá con la empresa.

CONDE. Si aquesta tormenta cesa
en el mar de mi querella,
prometo dar un tesoro
al templo del dios de Amor
de inestimable valor.

LEONARDO. (Llega y háblale, Teodoro.)

TEODORO. Tú puedes llegar, Leonardo,
que en efecto te conoce,
y si ahora te desconoce
yo llegaré, que aquí aguardo.)

LEONARDO. Dame, señor, esas manos.

CONDE. Los brazos dirás mejor.

LEONARDO. Ya remedian tu dolor
hoy los Cielos soberanos;
ya, la que se ha resistido
a tu valor tantos días,
hoy, con cien mil alegrías
a tu valor se ha rendido.

CONDE. Amigo, ¿tal es posible
que la rindió mi porfía?

LEONARDO. Y a mí por ella te envía
a llamarte.

CONDE. Es increíble.
Toma, amigo, mi tesoro;
de ello manda, veda y gasta,
que a mí Lisbella me basta.

LEONARDO. (Bueno va aquesto, Teodoro.)

CONDE. Aquesta joya recibe,
que será señal de paga
hasta que otra mejor haga.

LEONARDO. Para venir te apercibe
y déjate de eso aquí,
que no es parte el interés
a servirte.

TEODORO. (Que sí es.
Tómala y dámela a mí.)

CONDE. ¿Quién es quien viene contigo?

LEONARDO. El que te ha de abrir la puerta.

CONDE. ¡Oh, tú, de mi gloria cierta
portero, llave y amigo!
¡Abre mi alma con ella,
pues por ella libre soy;
aquí vivís desde hoy,
y yo vivo con Lisbella!
¿Iremos a verla luego?

TEODORO. Cuando quisieres podrás,
que mientras te tardas más,
ella pena en mayor fuego.
Mas ¿cuándo la habéis hablado,
que tanto habéis merecido,
pues tan presto habéis venido
a mitigar el cuidado?

CONDE. Yo, amigos, nunca la hablé,
que, aunque paseé (1) y padecí,
nunca tal bien merecí,
ni aun a mirarla alcancé.
Siempre viví despreciado
de su infinito valor;
nunca mereció mi amor
este lugar levantado.
Siempre a mí me aborreció,
y lo que he por mí pedido,
he por los dos merecido.

LEONARDO. ¿Que vos no la hablastes?

CONDE. No.

Que hoy, amigos, la envié
a hablar con una mujer,
y fué de tanto poder,
que este favor alcancé.
Que es, amigos, muy famosa
en materia de un hechizo,
y ésta con un papel hizo
entrada a su vista hermosa.
No os pese que haya empezado
hoy aquesto que acabé:
entrada a su pecho hallé

(1) En el impreso, "pensé".

cuando vivía descuidado.

LEONARDO. (Hoy he ganado mi bien dando á mis temores fin: que te ofendí, serafín, con tanta fuerza y desdén. Arrepentido, Teodoro, estoy de mi falso exceso.

TEODORO. Leonardo, no digas eso.

LEONARDO. ¡Oh, mi celestial tesoro!

MAURICIO. (Mira bien, que podrá ser que te vengan a engañar, que veo a estos dos hablar y no los puedo entender. Asegura bien tu pecho con el negocio que intentas para que no te arrepientas cuando ya esté el daño hecho.

CONDE. ¡Ya, cobarde, sé lo que es!

MAURICIO. Yo, señor, iré contigo.)

CONDE. ¿No irá un criado conmigo?

TEODORO. Y bien puedes llevar tres.

CONDE. (¿Veslo cómo está seguro?

MAURICIO. Yo, por tu bien lo decía.

CONDE. No perturbes mi alegría.

MAURICIO. ¡De morir contigo juro!

CONDE. ¿Podemos ir luego?

TEODORO. Ven.

CONDE. Venme, amigo, a acompañar.

¿Podemos armas llevar?

TEODORO. Y un pistolette también.

(Vanse todos, y sale CLAVELIO, y su PADRE, y BELARDO.)

PADRE.

¿Que los hijos le ha quitado?

BELARDO.

Ya te digo adónde los dejé, aunque él me decía que los llevase en cas de don Rodrigo.

PADRE.

Bien, hija, te bastó ser prenda mía, que, por darte a Leonardo mi enemigo, te di, en dote, la hacienda que tenía, y más dote te di, que no de oro: tu pena siento y mi desgracia lloro.

CLAVELIO.

¿Qué lloras porque tienes un mal yerno, si tienes una hija tan honrada y un hijo que la espada que gobierno espera de su sangre ver manchada?

III

Sabía yo, desde el pasado invierno, cómo era del infame regalada, que, después de las doce, o casi al día, a ver sus hijos y mujer venía.

Dejó de amancebarse, y dió en aqueso, que es más vicio jugar que amancebado, y perdiendo la hacienda, y aun el seso, se juega ya el honor que le ha quedado.

PADRE.

¿Quién duda que la ha muerto o queda en eso?

¿Qué dice que es la causa?

BELARDO.

Haberla hallado en la manga un papel de cierto Conde.

PADRE.

¡Bien todo a mi desgracia corresponde!

Pues, ¿qué dice Lisbella?

BELARDO.

Dice que era cierto papel de resplandor dorado, que aquesta tarde la solimanagera le dió.

PADRE.

No está Leonardo tan culpado, porque si ello pasó desá manera, Leonardo por sí vuelve, como honrado. Lleva a los niños luego algún regalo, que a fe que no es Leonardo solo el malo.

BELARDO.

Voy a servirte.

PADRE.

Vc, y los dos iremos.

CLAVELIO.

¿Quieres que vaya, padre, a la posada, para que gente con los dos llevemos?

PADRE.

No, porque si Lisbella está culpada, un padre y un hermano la tendremos, para que pase entre los dos la espada, que si ella nos ofende, ¿que más honra que quede entre nosotros la deshonra?

(Vanse, y sale TEODORO y MARCELA.)

MARCELA. ¡Jesús, Teodoro! ¿A aquesta hora me buscas? Gran temor tengo.

TEODORO. Marcela, a esta hora vengo, porque me conviene agora.

41

MARCELA. Si yo no te conociera,
pudierasme perdonar,
que ya yo me iba a acostar,
el jarro a la cabecera,
que éste es mi reloj, Teodoro,
y éste es todo mi regalo.

TEODORO. ¿Y no será de lo malo?

MARCELA. ¿Malo, que vale un tesoro?

TEODORO. Pues ¿tan presto te acostabas?

MARCELA. ¿Qué quíes, Teodoro? Ya ves:
soy vieja, torpe de pies,
y descanso; tú llamabas
cuando ya estaba en manteo,
con mi jarrico de vino
de lo bueno.

TEODORO. Y, al fin, vino
a estorbarlo mi deseo.

¿No tienes calentador?

MARCELA. Este, amigo, me calienta;
éste, a mi mesa se sienta:
a éste sólo tengo amor.

A éste quiero lo que puedo,
con él me voy a acostar,

luego comienzo a rezar,
hasta que dormida quedo.

Si me despierta el humor
el olor que me provoca
me lleva a besar su boca,
que tiene un divino olor.

Doile un beso, y dos, y tres;
vuelvo otro poco a rezar;
si no puedo sosegar,
vuelvo a calentar los pies.

TEODORO. Mejor dirás la cabeza.

MARCELA. Todo lo caliente junto.

TEODORO. Marcela, en aqueste punto
te he menester.

MARCELA. ¡Buena pieza
eres tú, Teodoro amigo,

para que contigo vaya!

TEODORO. Ponte, Marcela, la saya,
y escucha lo que te digo.

Ya sabes que tengo humor
alegre, soberbio y bravo.

MARCELA. ¡Ya estoy de tu humor al cabo!
¡Di adelante, pecador!

TEODORO. Tengo un amigo en el lazo,
y habremos de apercebir
una moza de servir,
porque es esta noche el plazo.

MARCELA. Al cabo estoy de tu intento:

tú me pides una moza,
que sea de toda broza,
metida en un aposento.

TEODORO. Antes no me has entendido.

MARCELA. Pues, Teodoro, ¿qué deseas?

TEODORO. Quiero que tú misma seas.

MARCELA. ¡Teodoro! ¿Estás sin sentido?
Pues, ¿con mi edad he de hacer
eso? ¿Qué es lo que pretendes?

TEODORO. Marcela, que no lo entiendes:
que esto a oscuras ha de ser;
yo tengo de estar allí:
¡no tengas ningún temor!

MARCELA. Yo iré a servirte, Teodor.
Mas...

TEODORO. ¿Que no te fías de mí?

¿No ves que éste es un morlaco
y quiero burlarme dél?

MARCELA. Ponme, Teodoro, con él,
¡y verás lo que le saco!
¿Hay mocha?

TEODORO. Lindo doblón.

MARCELA. Pues ponme en el aposento,
que yo le pescaré ciento
y haré después la razón.

TEODORO. Pues aquí es donde has de entrar.
Entra presto.

MARCELA. Tus locuras
son éstas. ¿Déjame a oscuras?

TEODORO. Sí.

MARCELA. ¿Y quiéresme encerrar?

TEODORO. Aquí quedo yo a la puerta.

(¡Bien va de aquesta manera!

Ya está dentro la hechicera:

¡la caza tenemos cierta!)

¡Oh, si viniese Leonardo!

Mas, ya viene.—¿Quién va ahí?

(Entra LEONARDO, el CONDE y los CRIADOS.)

LEONARDO. ¡Yo soy!

TEODORO. ¿Quién? ¿Leonardo?

LEONARDO. Si.

TEODORO. Dos horas ha que te aguardo.

¡Quedo, no hagáis ruido!

Entra en aquese aposento,

donde espera tu contento.

CONDE. Cielo, ¿tan dichoso he sido

que aquí dentro está Lisbella?

TEODORO. Aquí está, señor, cerrada.

CONDE. ¿Que gozo de ti, casada,
sin temor?

T
P
T

L
T

P
L
P

L

P

L
C

L
P

T

TEODORO. ¡Ya está con ella!
Mueran estos dos que ves
cuando estén más descuidados,
que después, a los criados,
yo te los pondré a tus pies.
¡Para eso son los amigos:
para saber socorrer
al que los ha menester!

(Entra CLAVELIO y su PADRE.)

TEODORO. ¿Quién va allá?
PADRE. Dos enemigos.
TEODORO. (Tu suegro son y cuñado.
¡Vive Dios, que lo han sentido!

LEONARDO. Teodoro, yo estoy perdido.
TEODORO. Y yo no estoy muy ganado.)
PADRE. Leonardo, ¿dó está Isabela?
LEONARDO. Aquí está, en este aposento.
PADRE. Llámala luego, al momento.
LEONARDO. ¡Lisbella!

PADRE. ¡Traidor! ¡Sin ella,
me dirás qué es el papel
que en la manga le has hallado!

LEONARDO. Si en algo estuve engañado,
de hoy más confieso ser fiel.
Yo la sospecha formé,
pensando que era culpada;
mas Lisbella es más honrada
agora que nunca fué.

PADRE. Llama a todos tus criados.
(Sale LISBELLA y BELARDO.)

LEONARDO. Ya están con Lisbella aquí.
CLAVELIO. Hermana, abrazadme a mí,
que de abrazos tan honrados
todos se pueden preciar.

LISBELLA. ¿Es mi padre?
PADRE. ¡Sí, yo soy,
que miro tus cosas hoy
desde más alto lugar!
Hoy mereces mis regalos,
pues te hallo honrada aquí.

TEODORO. Pues yo sólo el mal os vi,
que todos fuesen tan malos,
quiero contar lo que ha sido,
como quien está informado:
Leonardo estaba engañado,
desengaño, y corrido,
de poner culpa en Lisbella,
a la hechicera y al Conde
tiene encerrados adonde
han de morir él y ella.

PADRE. ¿Dó están?
TEODORO. En este aposento.
PADRE. ¡Salgan, que los quiero ver!
LEONARDO. Muertos.
PADRE. ¿Qué quieres hacer?
¡Sáquenlos luego al momento,
que quiero apaciguar yo
el fuego que está encendido,
pues tan bien ha sucedido!

MAURICIO. ¿Tú entiendes aquesto?
TANCREDO. No.
LEONARDO. Hoy gozan por tus regalos
vida, que es gran maravilla.
MAURICIO. Ello ha de haber linda astilla.
TANCREDO. Yo me contento con palos.

(Salen el CONDE y MARCELA juntos.)

PADRE. ¿Sabéis adónde estáis?
CONDE. No.
PADRE. ¿Quién es quien os trujo aquí?
CONDE. A quien yo crédito di,
y ahora sé que me engañó.
PADRE. Agradeced que quedéis
con vida haber yo venido.
CLAVELIO. Igual dama habéis tenido
de la que vos merecéis.
PADRE. ¡Este es Leonardo, mi yerno,
y ésta, Lisbella!

CONDE. ¡Señor...!

PADRE. ¡No más!
CONDE. ¡Perdonad mi error!
¡Merezco un castigo eterno!
Esta mujer me engañó.
TEODORO. ¡Eso mismo dijo Adán!
PADRE. Esta vez no pagarán
ninguno lo que pecó.
¡Andad con Dios!

CONDE. Y obligado
a serviros cada instante.
PADRE. Acordaos, de aquí adelante,
de aquesto que aquí ha pasado.
¡Andad con Dios!

CONDE. Ven, Tancredo.
PADRE. ¿Quién son éstos?
CONDE. Mis criados,
caballeros tan honrados
como yo; deciros puedo
que aquesto sabrán servir.

LEONARDO. ¡Y cuando no lo hagan ellos,
me sabré matar con ellos!

PADRE. No hay de aqueso qué decir.
¡Andad en paz!

CONDE. Y quedad.

(*Vanse el CONDE, LEONARDO y CRIADOS.*)

PADRE. Solos quedamos agora.
¿Y paréceos bien, señora,
que hagáis tan grande maldad?

MARCELA. Engañóme la codicia
y el decírmelo Teodoro.

PADRE. Hoy, por guardar mi decoro,
no pagáis vuestra malicia.

CLAVELIO. ¿Cómo no? ¿Aquesta hechicera
ha de vivir?

PADRE. ¡Déjala!
¡Váyase, Clavelio, ya,
viva!

CLAVELIO. ¡Mejor es que muera!

MARCELA. Tú me has traído a este punto.
TEODORO. Otro pensé que llegara

a escapar de aquí sin cara:
por el Conde te pregunto.

MARCELA. Gozóme, ¿qué quieres más?
Buena burla se ha pasado.

(*Vase MARCELA.*)

TEODORO. ¡Donosó chiste!

PADRE. ¡Extremado!
¡Ea, Lisbella! ¿En qué estás?
Abraza allí a tu marido;
trae mis nietos: cenaremos.

LEONARDO. Nuestra amistad confirmemos.

LISBELLA. ¡Vuestra soy, seré y he sido!

LEONARDO. Quede con esto acabada
la amistad que había empezado.

TEODORO. Y aquí se acaba, senado,
La Bella malmarridada.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS